

ROBERT BADEN-POWELL



Rema tu propia canoa

Consejos a los muchachos

Paddle Your Own Canoe

1939

EDICIÓN REVISADA

Rema tu propia canoa

Consejos a los muchachos (Paddle Your Own Canoe)

ROBERT BADEN-POWELL

Rema tu propia canoa. Consejos a los muchachos (Paddle Your Own Canoe)

© 1939 Robert Baden-Powell

Texto original de Robert Baden-Powell, de dominio público. Traducción al castellano difundida por siemprescout.org y reproducida con permiso (traductor y edición de origen en la «Nota sobre esta edición»). Reedición digital revisada (2026): corrección ortográfica y gramatical, lenguaje actualizado al español de España, sin ilustraciones.

Primera edición: 1939

Índice

Nota sobre esta edición	7
Nota sobre el contexto histórico	9
Presentación	11
Prefacio	15
1. Observación y deducción	17
2. Autoeducación	23
3. No seas un asno ridículo	29
4. Sentido común	33
5. Inventiva	37
6. Resistencia	41
7. Cómo tener precisión	47
8. Paciencia	51
9. Gratitud	55
10. Cortesía	59
11. Buena voluntad	61
12. Honor	67
13. Mantener la serenidad	71

14. Valor	75
15. Cómo mantener la cabeza alta	79
16. Humor	83
17. No te escondas	87
18. Cómo «seguir ahí»	91
19. Cómo estar en forma	95
20. El deber de servir y cómo estar preparado	107
21. Ayuda	113
22. Responsabilidad	117
23. Sacrificio propio	121

Nota sobre esta edición



REMA TU PROPIA CANOA SE PUBLICÓ POR PRIMERA VEZ EN INGLÉS con el título *Paddle Your Own Canoe*, en Londres, en 1939.

La traducción al castellano es de Fernando Soto-Hay García, S.J., con la colaboración de Guadalupe Molina de López. Aquella edición la publicó la Gerencia Nacional de Publicaciones de la Asociación de Scouts de México, y Mario Salvador Reding, de Monterrey (México), la digitalizó. Esta reedición digital corrige la ortografía y la gramática, actualiza el lenguaje al español de España y conserva las ilustraciones originales, sin cambiar el contenido.

Nota sobre el contexto histórico



ESTE LIBRO SE ESCRIBIÓ HACE CASI UN SIGLO, EN TIEMPOS DEL Imperio británico, y refleja las ideas, el lenguaje y los valores de su época. Algunos pasajes contienen expresiones y opiniones sobre otros pueblos, razas y culturas que hoy consideramos racistas o coloniales; hablan de la caza, la guerra, la violencia o los castigos con una naturalidad que hoy no compartimos; presentan una visión de los papeles de hombres y mujeres, de la religión o de la sexualidad propia de entonces, o recogen consejos de salud y de primeros auxilios que la medicina actual desaconseja.

Esos pasajes se han conservado tal como están, sin suprimirlos ni suavizarlos, porque forman parte del documento histórico y ayudan a entender cómo nació el Escultismo y cuánto ha cambiado desde entonces. Mantenerlos no significa compartirlos. Los consejos prácticos de seguridad, salud y primeros auxilios no deben seguirse sin contrastarlos con las recomendaciones actuales.

Si este libro lo leen niños o jóvenes, conviene que lo hagan acompañados de un adulto que pueda comentar con ellos esos pasajes.

Presentación



TENEMOS AQUÍ EL PENÚLTIMO DE LOS MUCHOS LIBROS QUE EScribió Baden-Powell. La primera edición vio la luz en Londres en 1939, cuando el Fundador tenía ya 82 años y se había retirado a vivir en Kenia.

Al llegar los primeros fríos de aquel invierno, en concreto el 27 de octubre de 1938, Baden-Powell y su esposa, Olave Baden-Powell, se embarcaron para pasar la estación fría en Nyeri, a la vista del monte Kenia. El clima inglés no le sentaba bien a la salud del Fundador, así que compró allí una pequeña propiedad y quiso llamarla también Pax, como su hogar anterior en Inglaterra, Pax Hill. Por eso la nueva casa se llamó Paxtu (de *too*, «también» en inglés). Allí pasaría en familia, lejos de la guerra mundial que estalló el 1 de septiembre de 1939, los últimos días de su vida, y allí le sorprendería la muerte el 8 de enero de 1941.

En ese ambiente escribió este libro, que, como algunos otros suyos, no trata de lo que hoy llamamos el programa scout. Su propósito es dar directamente consejos para la vida a los muchachos que forman parte del Movimiento, aunque no se puede negar que también resulta útil a los muchos que no pertenecen al Escultismo.

Por otra parte, a lo largo de todo el libro se nota la preocupación de Baden-Powell por que los muchachos estén preparados para servir a su patria en la Segunda Guerra Mundial, que en aquel momento se veía inminente. Sin embargo, los consejos que da en este sentido pueden leerse como la preparación que necesita cualquier muchacho para afrontar los imprevistos que puedan surgirle también en tiempos de paz.

Es muy importante advertir que este libro hay que saber leerlo, porque está escrito sobre todo para los muchachos ingleses que eran scouts. Al traducirlo, sentí la tentación de adaptarlo a los scouts mexicanos, o a los muchachos mexicanos en general, pero preferí dejarlo tal como salió de la pluma del Fundador, sin cambios ni adaptaciones de ningún tipo.

No cabe duda de que este libro anima a buscar la propia formación. Ya el título nos recuerda la filosofía de *Roverismo hacia el éxito* (*Rovering to Success*): saber esquivar los escollos que aparecen a lo largo del río de la vida para salir triunfante en ella. Remar la propia canoa es valerse por uno mismo, estar preparado para ayudar en cualquier momento a quien lo necesite y hacerlo sin esperar recompensa alguna; así es como se triunfa en la vida.

Antes de terminar esta presentación, quisiera dar las gracias a dos personas que hicieron posible esta primera edición en español de *Rema tu propia canoa*. En primer lugar, a William Hillcourt, que Dios tenga en su gloria, pues plantó su tienda en el campo del reposo y de la dicha el año pasado, en 1992. Fue amigo personal y gran conocedor de Baden-Powell, y él me proporcionó el original inglés de este libro, *Paddle Your Own Canoe*. En segundo lugar, para la traducción pude contar, como en otras ocasiones, con la colaboración, que bien puede considerarse magistral, de la señora Guadalupe Molina de López. Además de dominar el inglés, conoce el Escultismo, pues fue miembro de la Asociación de Guías de México y, más tarde, de la Asociación de Scouts de México.

Espero que la lectura de este libro ayude a los muchachos de hoy a estar cada vez más preparados para ayudar a los demás en los distintos imprevistos que puedan presentarse a lo largo de la vida.

Fernando Soto-Hay y García, S.J.

Prefacio



QUERÍA PARA ESTE LIBRO UN TÍTULO QUE RECOGIERA POR COM-
pleto el fondo de estas historias de animales salvajes de la selva y
de gentes de muchas tierras.

Encierra un consejo tan viejo como el mundo: confía siempre en ti mismo y no en lo que otros puedan hacer por ti.

Hay muchos refranes que pueden ayudarte a grabar esta lección en la cabeza. La gente dice, por ejemplo, «cada tina se sostiene sobre su propio fondo», o en Escocia, «que cada arenque cuelgue de su propia cabeza». Pero no queremos vernos a nosotros mismos como tinas ni como peces, así que vuelvo a la frase que todos los scouts conocen: «Rema tu propia canoa».

En cualquier caso, sugiere que avancemos gracias a nuestro propio esfuerzo, corriendo algunos riesgos y divirtiéndonos mucho por el camino.

Baden-Powell

Paxtu, Nyeri, 1939

1. Observación y deducción



Las hormigas detectives

— ¡EH, DETÉNGANLO! ¡AL LADRÓN! —GRITABA EL VIEJO Blenkinsop al salir de su pequeña tienda, cerca de la aldea cafre—. ¡Me ha robado el azúcar! ¡Deténganlo!

¿Detener a quién? No se veía a nadie huyendo.

—¿Quién se lo ha robado? —preguntó el policía.

—No lo sé, pero falta una bolsa llena de azúcar, y hace solo unos minutos estaba aquí.

Llamaron a un rastreador nativo de la policía. Parecía una tarea imposible distinguir las huellas del ladrón entre las de docenas de pies descalzos que había alrededor de la tienda. Sin embargo, el rastreador echó a trotar a buen paso hacia la espesura. En algunos tramos el suelo era de roca y no se veía ni una huella, pero él nunca dudaba del camino.

La gente se preguntaba cómo iba a encontrar al fugitivo. Aun así, la persecución continuaba. El viejo Blenkinsop sufría con el calor y la carrera.

Por fin, el rastreador se detuvo y vaciló: era evidente que había perdido el rastro. Luego sonrió y señaló con el dedo la copa de un árbol cerc-

ano. Allí, escondido entre las ramas, vieron a un nativo con la bolsa de azúcar. ¿Cómo lo había descubierto el rastreador? Su vista aguda se había fijado en unos granos de azúcar que brillaban en el polvo.

La bolsa estaba rota y dejaba caer un ligero rastro de granos. El rastreador lo siguió y, donde terminaba la espesura, vio una hilera de hormigas que subía por un árbol. Iban tras el azúcar, igual que él, y así, entre todos, dieron con el ladrón.



El viejo Blenkinsop se puso tan contento que abrió la bolsa en el acto y derramó un poco de azúcar como recompensa para las hormigas.

y la imaginación para preguntarse por qué las hormigas subían al árbol. Alguien que no fuera rastreador nunca se habría fijado en esos detalles.

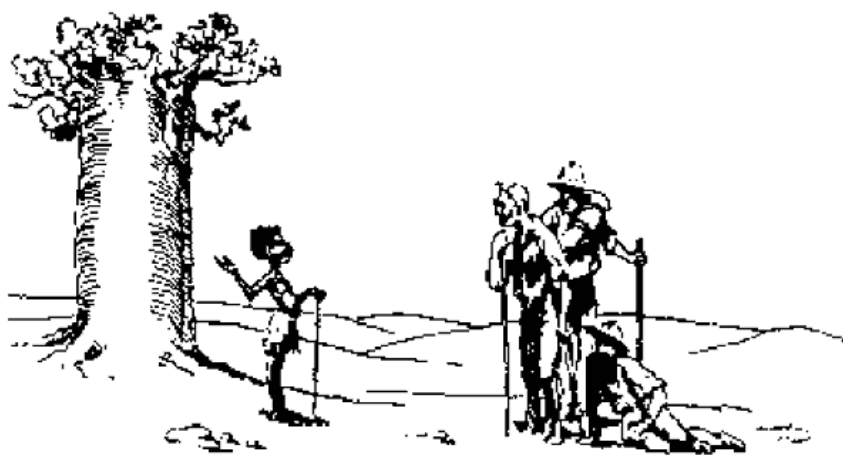
Ahí es donde entra la formación scout.

Conozco otro caso en que las hormigas fueron útiles. Mejor dicho, no solo fueron útiles: salvaron la vida de varios hombres.

Eran un grupo de científicos que recorrían los desiertos de Australia en busca de plantas raras, animales, reptiles e insectos.

En pleno desierto se les acabó el agua. Vagaron durante horas, locos de sed y agotados; parecía que, como otros exploradores antes que ellos, iban a morir de cansancio y de sed.

Por suerte, se encontraron con una niña nativa. Le hicieron señas de que se morían de sed y le pidieron que les trajera agua. Ella les señaló una hilera de hormigas que subía por un baobab (este árbol tiene un tronco enorme y hueco que le sirve de depósito de agua). La pequeña cogió un tallo largo de hierba seca y trepó hasta un agujerito por donde entraban las hormigas. Metió en él un extremo de la paja, se puso el otro en la boca y sorbió. Así, aquella niña del desierto enseñó a aquellos sabios caballeros un poco de sabiduría que no habían aprendido en todos sus años de universidad. Espero que, si un scout hubiera ido con ellos, lo habría sabido, o que con sus ojos y su imaginación se habría fijado en las hormigas y habría adivinado por qué entraban en el agujero del árbol.



2. Autoeducación



CÓMO APRENDER GEOGRAFÍA

¿Dónde está Kenia?

En la famosa obra de teatro *Cavalcade*, la cocinera anda preguntando a todo el mundo: «¿Dónde está África?». Como nadie sabe responderle, se lo pregunta al mayordomo, que había servido como soldado en la guerra de Sudáfrica. Lo único que él sabe decirle es: «No lo sé, pero cuando llegas allí hace un calor horrible». Bueno, no creo que toda la gente sea tan ignorante con respecto a África, pero es sorprendente cuántas personas no saben dónde está Kenia. Y, sin embargo, es un pedazo importante del Imperio británico, tiene el doble del tamaño de Inglaterra y en ella viven muchos británicos, como probablemente vivirán algún día algunos de los que ahora leéis esto.

Así que espero que miréis un mapa de África y no seáis tan ignorantes como algunos de los que me escriben. El correo me trae cartas dirigidas a «Kenia, Sudáfrica», o a «África Oriental», o a Rodesia, o a la Costa de Oro.

Un amigo, con toda su buena intención, me decía que debía de ser estúpido para mí estar tan cerca de mi hijo Peter. Peter vive en Rodesia del Sur, y Rodesia del Sur está a más de 1200 millas (unos 1900 kilómetros) de Kenia, tan lejos como Albania de Londres. Otro esperaba que pudiera ver a su hijo, que estaba «cerca de Kenia, en Sierra Leona». Cuando le dijeron que había mucha distancia entre los dos, contestó: «No importa, él tiene una moto». (Sierra Leona está a unas 4000 millas de Kenia en línea recta).

Una señora en Inglaterra me dijo que tenía una amiga que vivía en algún lugar entre Nairobi y el lago Victoria. Me pareció que sabía algo de geografía, pero lo echó todo a perder al añadir: «Por cierto, ¿eso está cerca de ese sitio tan pequeño que se llama Kenia y del que habla tanto la gente?».

Esta semana he recibido una carta del director de un colegio importante de Inglaterra dirigida a mí en «Kenia, Sudáfrica», cuando los dos países están a 2000 kilómetros de distancia.

¿Cómo se puede esperar que un chico sepa geografía si su maestro no la sabe?

Pero esto nos enseña algo muy útil: no debemos depender solo de lo que nos enseñan en el colegio. El maestro no puede enseñártelo todo; cuando has aprendido de él cómo se aprenden las cosas útiles, depende de ti aprenderlas por tu cuenta. Los chicos que aprenden por sí mismos son los que triunfan en la vida. Así que empieza ya: busca en un mapa dónde están los distintos países de África, sobre todo Kenia, en el ecuador, donde se supone que hace «un calor horrible», aunque no es así.

Te daré una pista. Yo aprobaba los exámenes de geografía porque era capaz de dibujar los mapas de memoria. ¿Y sabéis cómo lo conseguía? Pues cuando estudiaba un mapa, intentaba ver en él una cara o una figura. Así siempre podía dibujarlo de memoria.

El mapa de África, por ejemplo, yo lo dibujaba como si fuera la cabeza de una chica con gafas, a la que llamaba Miss Kenia. Intenta dibujarla tú igual y verás que eres capaz de dibujar el mapa de África de memoria.

El ojo de la chica es el lago Victoria; la patilla de sus gafas es el ecuador; su oreja es Nigeria; las lágrimas que le corren por la mejilla son los largos lagos Tanganica y Niasa; el agujero de la nariz es la desembocadura del río Zambeze, y la boca es Beira (el puerto de Rodesia del Sur).



Miss Kenya: el ojo es el lago Victoria; la oreja, Nigeria, y las gafas, el ecuador.

Con el mapa delante, aprenderás dónde están países como Ashanti, Rodesia del Norte y del Sur, Sierra Leona, la Unión Sudafricana, etc. Es

una forma de aprender geografía por tu cuenta. Así que aprende tú solo, sin esperar a que te enseñen.

3. No seas un asno ridículo



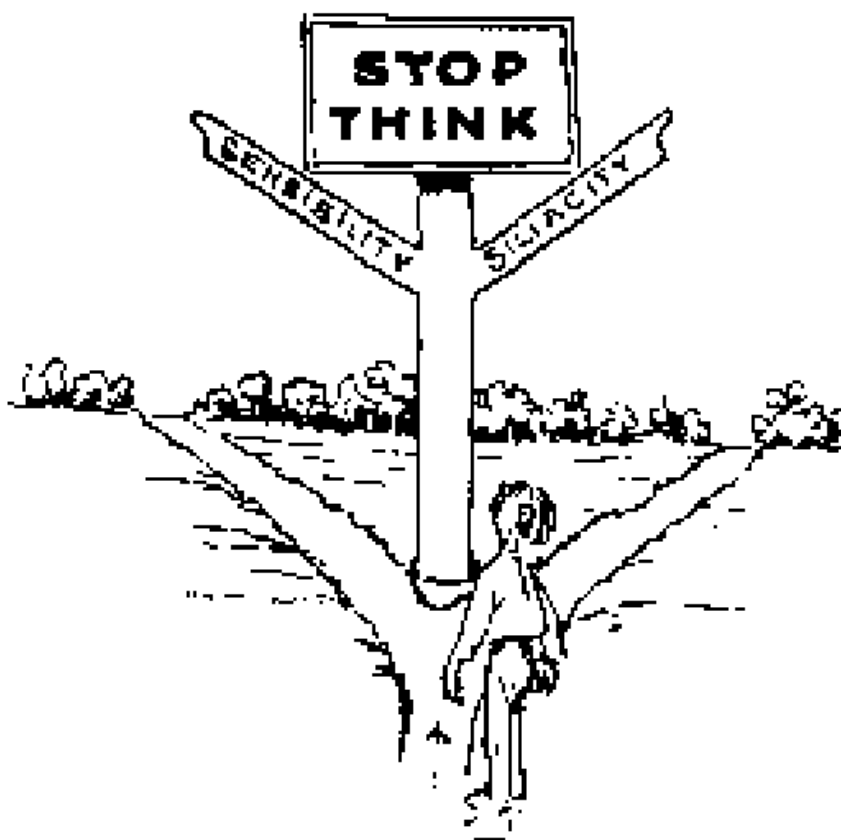
Los astrólogos

C REO QUE YA OS HE HABLADO ALGUNA VEZ DE LA SOCIEDAD S.S.A., o Sociedad de Asnos Ridículos (*N. del T.: las siglas corresponden al inglés Society of Silly Asses*). Parece que en Inglaterra crece como la espuma. Mucha gente se apunta a ella, aunque supongo que ningún scout. Bueno, no lo hará si cumple el undécimo artículo de la Ley Scout, que dice: «Un scout no es un tonto». Me refiero a la gente que cree que las estrellas pueden anunciar lo que va a hacer o la suerte que va a tener.

Los listillos que les cuentan lo que anuncian las estrellas se llaman «astrólogos», un título sonoro y de altos vuelos. Algunos han estudiado astronomía, pero la mayoría son unos farsantes que se inventan historias con la esperanza de que la gente se las crea y les pague por la información. Es fácil descubrir el truco: pide a dos o tres astrólogos distintos que te hagan un informe y dales tu fecha de nacimiento. Cuando lleguen los informes, no habrá dos iguales. Uno dirá algo así: «Como naciste cuando el planeta Marte estaba en ascenso, el año que viene te morderá un perro, pero te recuperarás». Otro dirá: «La estrella de tu nacimiento me dice

que te espera un gran peligro el próximo jueves si sales a la calle; mejor quédate en casa todo el día». Y el tercero te anunciará que, por haber nacido ese día, recibirás una enorme suma de dinero cuando menos te lo esperes.

Los tres se parecen en una cosa: esperan sacarte una buena suma de TU dinero a cambio de la valiosa información que han arrancado a las estrellas para ti. Son muy hábiles para hacer que la gente se crea sus patrañas, sobre todo las ancianitas encantadoras y los jóvenes que quieren sentirse distintos de los demás. Estos se creen interesantes por ser supersticiosos: tocan madera para no perder la suerte y no pasan por debajo de una escalera, no por miedo a que el pintor les tire pintura encima, sino porque les traería mala suerte. En cuanto al número trece, no duermen en una cabaña ni en una habitación de hotel que lleve ese número en la puerta. No es que tengan miedo, ¡qué va! Tampoco se sientan trece a la mesa: el primero en levantarse moriría sin falta al poco tiempo.



Alto. Piensa. (Los dos caminos: «Sensatez» y «Tontería»).

Personalmente, a mí me gusta el número trece, en parte porque es el número de mi regimiento, el 13.º de Húsares. Muchas veces cenábamos trece a la mesa y, mientras estuve en el regimiento, tuvimos mucha suerte: hubo muy pocas muertes.

No. Esas ridículas supersticiones solo son cosa de gente de pocas luces. Un scout no cae en ellas si recuerda el undécimo artículo.

4. Sentido común



Y cómo construir un puente

ESTABA DIBUJANDO LA CEIBA ALTA QUE SE CAYÓ ATRAVESANDO nuestro arroyo de truchas. Es un lugar precioso en plena selva tropical, y a menudo vamos allí de excursión a pasar el día. Cuando nos acercamos, tocamos la bocina del coche, y si vamos andando por la espesura hablamos alto y hasta gritamos. No porque estemos sordos, sino para avisar a los otros habitantes de la espesura de que estamos allí.

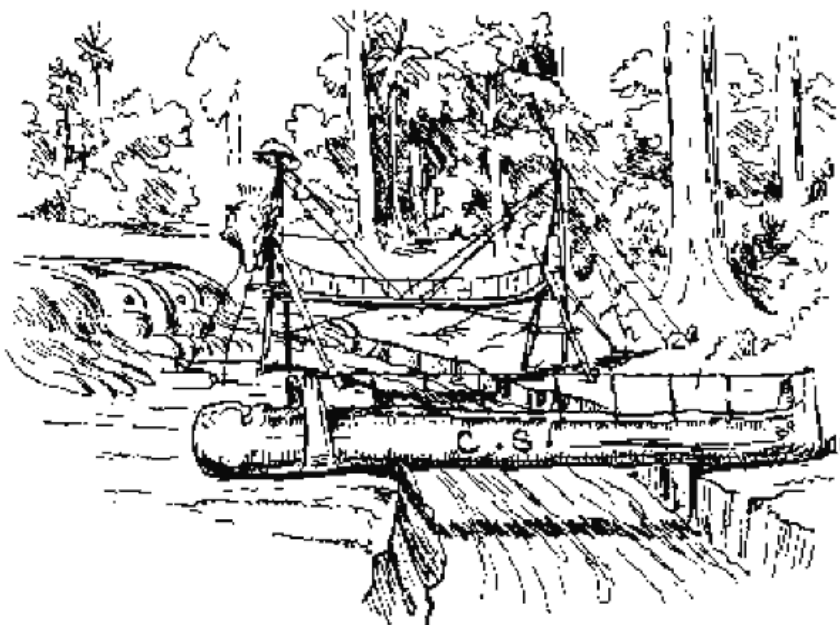
Esos otros habitantes son los rinocerontes (¡vaya palabra para escribirla!), que, si se les avisa, prefieren alejarse. Si avanzáramos en silencio, podríamos toparnos con alguno, quizá en mitad de la siesta; se sorprendería y se asustaría y, enfadado, cargaría contra nosotros con su desagradable cuerno. Cuando se altera, es como un camión de carga conducido por un conductor ciego. Pero no es de los rinocerontes de lo que quiero hablaros, aparte de deciros que uséis el sentido común cuando tratéis con ellos. Espero que algunos de los que leéis esto vayáis algún día a las colonias y os enfrentéis a uno o dos rinocerontes. Pero no, de lo que quiero hablar es del árbol caído. Me recuerda el reto de construir un puente en África Oc-

ún. El sentido común es la parte más útil y valiosa de tu carácter. ¡Lo malo es que tan pocos saben usarlo! Prefieren guiarse por lo que dicen los libros en vez de usar su ingenio.

Bueno, volvamos al árbol caído de África Occidental. Habíamos llegado a un río muy estrecho, pero muy profundo y de corriente rápida, que nuestra columna tenía que cruzar. (Nosotros éramos una avanzadilla de exploradores y zapadores que iba preparando el camino a las tropas, que marchaban unos días por detrás).

El ingeniero que me acompañaba hizo los planos a escala de un puente de madera para cruzar el río, siguiendo las instrucciones de un manual de construcción de puentes. Entre talar los árboles, ensamblarlos, preparar los tirantes, dar explicaciones a la cuadrilla, etc., iba a llevar dos o tres días, o quizá más.

Yo quería que mis exploradores pasaran sin demora, así que hice lo que espero que haría un scout: no usé un manual, sino el sentido común. Calculé que el río tenía 100 pies de ancho (unos 30 metros) y busqué un árbol de esa altura que se alzara cerca de la orilla. Casi enseguida encontré una ceiba sin ramas de unos 150 pies de alto (unos 45 metros). La talamos a hachazos, cortándola de forma que cayera justo de través sobre el río. A los pocos minutos mis exploradores ya estaban cruzando, y hora y media después los hacheros habían allanado la superficie del tronco para dejar un camino plano y habían puesto un pasamanos de bambú. Teníamos así un puente perfectamente seguro para pasar en un solo sentido.



Dos días después llegó el grueso del ejército. El puente del ingeniero no estaba terminado del todo, así que la columna tuvo que conformarse con pasar en fila por nuestro camino más humilde. [Triunfo n.º 1 para el S. C. (sentido común)].

Unos meses después, la columna volvió de su expedición. Uno o dos días antes de que llegara al río, en su marcha de regreso, cayó una tormenta tremenda. El río se desbordó, y un torrente impetuoso arrastró el puente del ingeniero y lo hizo mil pedazos. El agua también pasó por encima del puente S. C., pero cuando bajó, al día siguiente, allí seguía nuestro viejo tronco, tan firme como siempre. Hubo que ponerle un pasamanos nuevo, pero eso se hizo en unos minutos.

Así que, cuando el ejército llegó al día siguiente, todos agradecieron contar con nuestra forma de cruzar, humilde pero segura.

5. Inventiva



Los pigmeos pioneros

IMAGINA QUE TIENES QUE CRUZAR UN RÍO HONDO EN EL QUE NADAN montones de cocodrilos hambrientos, pero que en las dos orillas hay árboles altos. ¿Cómo lo cruzarías? Me dirás: «Talo un árbol y lo hago caer sobre el río para que haga de puente». Muy bien; yo haría lo mismo. Ya te conté cómo lo hice. Pero... supongamos que no tienes hacha ni sierra, ni nada mejor que una navaja. ¿Qué harías?

Pues ese es el problema al que se enfrentan los pigmeos. Los pigmeos son una raza de hombres muy pequeños: solo miden de 4 a 5 pies de alto (entre 1,20 y 1,50 metros). Viven en las selvas profundas del Congo, al noroeste de Kenia. Son un pueblo nómada, muy poco civilizado; es decir, casi nunca se quedan mucho tiempo en un mismo sitio. Cuando han acabado con la caza de los alrededores, que matan con sus pequeños arcos y flechas, y han recogido todas las frutas y raíces comestibles, se marchan a otra parte.

Esta semana ha vuelto un amigo mío de visitarlos y me ha enseñado algunos de sus ingeniosos trabajos manuales: arcos, flechas, etc. También me ha hablado de sus puentes.

La tierra en la que viven está atravesada por pequeños ríos hondos y de corriente rápida. Los pigmeos no saben nadar, y tú tampoco sabrías si vivieras allí. No se puede aprender a nadar sin meterse en el agua, y en aquel país, si te metes en el agua, no sales, porque te comen los cocodrilos. Los ríos están plagados de ellos.

Construir una barca lleva mucho tiempo y casi no merece la pena solo para cruzar un río tan pequeño.

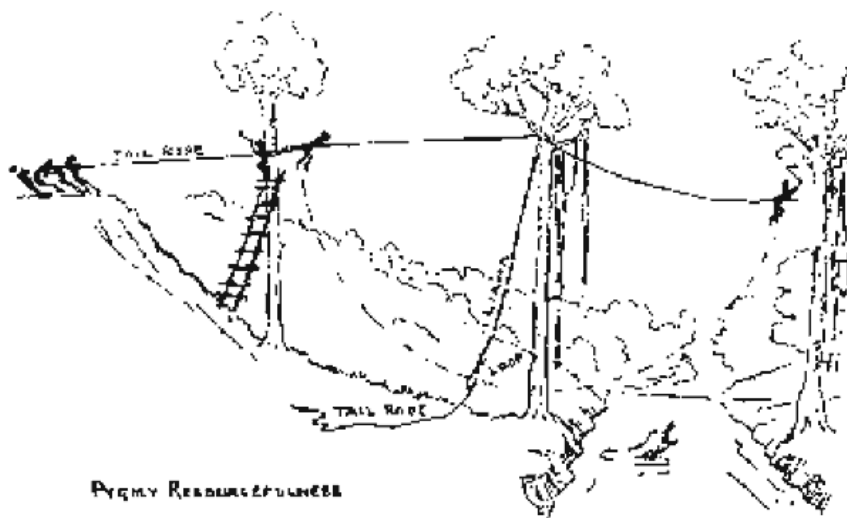
Pero los pigmeos son gente ingeniosa y tienen su propia manera de hacer puentes. Desde luego, sería más fácil talar un árbol, pero no tienen hachas, así que hacen puentes colgantes de un modo que, estoy seguro, encantará a todos los scouts pioneros. Fíjate bien en cómo lo hacen, a ver si tú serías capaz de construir uno. Los bosques del Congo están llenos de árboles altos de los que cuelgan lianas inmensas, resistentes y flexibles como cuerdas.

Para empezar el puente, el jefe de los constructores elige el árbol más alto de una de las orillas. Luego busca una liana lo bastante larga para cruzar el río, ata un extremo a la copa del árbol y en el otro hace una gaza que servirá de asiento, y baja ese extremo hasta el suelo. A él le ata una cuerda más.

Los demás pigmeos tiran de esta cuerda y suben con ella a un terreno alto de la orilla, tirando hasta que la gaza, con un hombre sentado en ella, queda casi en horizontal. Con la cuerda así de tensa, colocan una escalera junto a la gaza y otro compañero sube por ella con un cuchillo hasta alcanzar la cuerda. A una señal, la corta, y el hombre de la gaza sale volando en un gran columpio hasta el otro lado del río. Lleva en la mano una estaca afilada y con ella se engancha a la rama de un árbol de la orilla opuesta. Allí sujeta el extremo de su liana.

Los demás pigmeos cruzan el río trepando por esta liana, y cada uno lleva consigo la punta de otra. Así, en poco tiempo, hay una docena de

as tendidas de orilla a orilla. Con ellas se teje enseguida un puente colgante para que toda la tribu pase con seguridad.



El ingenio de los pigmeos.

Pero es un caso de crueldad con los animales, porque allí abajo, en el río, los pobres cocodrilos miran hacia arriba, «haciéndoseles la boca agua» y muy disgustados porque se han quedado sin la comida que esperaban.

Estos pigmeos pioneros dan un buen ejemplo de inventiva, es decir, de saber usar otras cosas cuando no tienes lo que hace falta para un trabajo.

Por ejemplo, las chuletas y los filetes de elefante son para ellos un manjar de lujo, pero no tienen rifles para cazarlos. Así que fabrican arcos y flechas, con cuerdas de piel para los arcos y un veneno mortal en la punta de las flechas. Luego se acercan a un elefante y le disparan una flecha.

ida, siguen su rastro hasta que cae muerto. Entonces toda la tribu se da un atracón: comen tanto que no necesitan más alimento en cuatro o cinco días.

Podría ponerlos docenas de ejemplos de inventiva en muchos campos, pero aquí tenéis otro que muestra cómo se puede sacar partido de las cosas:

Una vez atendí a un niño nativo herido por una bala perdida y le dije a su madre que me trajera agua enseguida. Ella corrió a un arroyo que estaba algo lejos, pero, como no tenía en qué traer el agua, tuvo la inventiva de llenarse la boca y traérmela así. Resultó ser un sustituto muy útil para los primeros auxilios, porque el agua llegó tibia y ella podía echarla a chorritos sobre la herida mientras yo la limpiaba con una pluma. Entre los dos hicimos un buen trabajo de cirugía sin ningún botiquín.

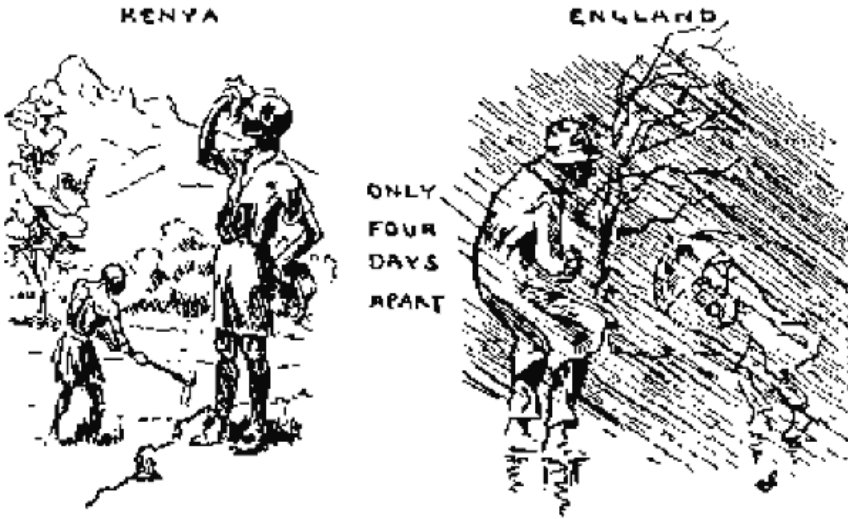
6. Resistencia



Exploradores árticos

VOSOTROS, AMIGOS QUE ESTÁIS EN CASA, HABÉIS TENIDO UN INVIERNO horrible este año.

Aquí, en Kenia, nos cuesta imaginar vuestras tormentas e inundaciones, vuestra niebla y vuestra lluvia, mientras que nosotros, a solo cuatro días de avión, disfrutamos del calor del sol, de fresas y de rosas.

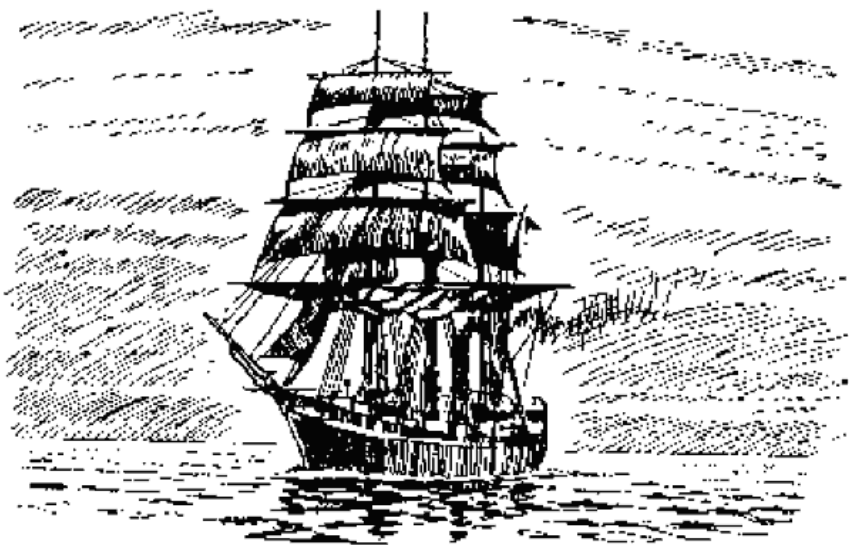


Kenia e Inglaterra: solo cuatro días de distancia.

Después de un invierno así, tendréis la sensación de saber muy bien lo que han tenido que soportar los exploradores árticos.

Nuestro barco scout, el *Discovery*, se habrá vuelto a sentir en su elemento y probablemente habrá soñado que regresaba a la Antártida, en vez de estar amarrado en un muelle del Támesis, en Londres.

Al fin y al cabo, vuestro invierno solo ha durado un par de meses. «Que ya son bastantes», diréis. Sí, pero pensad, por ejemplo, en el grupo de exploradores del capitán Scott. Seis de ellos desembarcaron en una isla con muy pocas provisiones, porque el barco pensaba volver pronto a recogerlos. Pero las tormentas y el hielo se lo impidieron, y allí se quedaron ocho largos meses, con un frío terrible y sin otra cosa que comer que focas y pingüinos. ¡Fantástico!



¿Se desanimaron? No. Habían descubierto aquella isla y tenían que ponerle un nombre. Pero todos los que se les ocurrían eran demasiado malsonantes para aparecer impresos en un mapa. Una isla vecina se llamaba «Isla Inaccesible», así que acabaron llamando a la suya «Inexpresable», y así figura en los mapas de hoy.

El viento y los temporales soplaban casi sin parar, y ellos no tenían una casa cómoda con mucha comida y un buen fuego para calentarse. ¿Os lo imagináis?

Aun así, como auténticos scouts, mantuvieron la moral alta y eran capaces de silbar y sonreír a pesar de las dificultades, como haríamos nosotros. La mitad del grupo salió a cazar y volvió con 15 focas y 120 pingüinos, que guardaron en el «congelador», en el hielo, porque de abril a julio no se veía ni un pájaro ni un animal.

La otra mitad del grupo construyó su iglú. Excavaron en la nieve dura un túnel de 10 yardas de largo (unos 9 metros), con una sala que les servía de vivienda al fondo. Esa fue su casa durante ocho meses. Hicieron una alfombra gruesa, o colchón, de algas que cubría todo el suelo, y vieron que así se mantenían calientes. La cocina era un viejo bidón de aceite, y el combustible, grasa de foca y gasolina. Hasta que idearon una chimenea, el humo del fogón, que era más grasa y aceite que otra cosa, casi asfixiaba al cocinero y a los demás habitantes del iglú.

Entre otros inventos de estos scouts árticos había una barca, que hicieron forrando los lados de su trineo con lona empapada en aceite para impermeabilizarla. Era una barquita estupenda, pero con el mal tiempo de aquellas latitudes no tuvieron muchas ocasiones de usarla.

Y recordad otra cosa que hacía aquel invierno peor que el vuestro: la mayor parte del tiempo estaban a oscuras. No tenían gas ni electricidad. Solo grasa de foca derretida, con la que, en una lata, se hicieron una lámpara con mecha de cordones de zapato para alumbrarse.

Como buenos scouts, fabricaron otros utensilios sin acobardarse ante las dificultades. Al fin y al cabo, eran británicos.

Por fin llegó su barco y, tras su largo encierro, se los llevó sanos y salvos de vuelta a la civilización y al calor del sol. Así también saldréis vosotros pronto del frío y la oscuridad del invierno al calor y la luz del verano. Y si vuestra nube es de dolor, de pena o de preocupación, la luz de la felicidad volverá si dais lo mejor de vosotros cuando vienen tiempos difíciles.



7. Cómo tener precisión



La importancia del grueso de un cabello

DE NIÑO, EN EL COLEGIO, ESTUVE EN EL CUERPO DE CADETES. Era demasiado pequeño para entrar, pero sabía tocar la corneta, así que empecé como corneta. Nunca imaginé que llegaría a ser general (aunque, de un modo u otro, al final lo fui), pero quería ser un cadete de verdad y tener mi propio rifle. Cuando llegó ese feliz momento, le cogí cariño a mi rifle y hacía todo lo posible por apuntar bien.

Pues bien, como sabe cualquiera de vosotros que haya practicado el tiro con rifle, «apuntar bien» significa afinar al máximo la puntería para dar en el blanco. Si la mira se desvía del centro el grueso de un cabello, la bala irá a parar a un palmo de distancia.

Algunos chicos nunca tienen paciencia para practicar una y otra vez hasta que sus ojos ven con exactitud. Parece que disparan con la idea de que el rifle ya llevará la bala a su sitio, y si no lo hace, bueno, si fallan, la culpa es del rifle.

Recordaréis el revuelo que armé hace tiempo por disparar a un hipopótamo (fue cuando los nativos me llamaron Imhlala-panzi). Estuve mucho rato vigilando al viejo hipopótamo, que se escondía bajo el agua pero

salía a respirar cada dos minutos. Solo asomaban a la superficie la nariz y las orejas, y solo durante dos segundos, pero siempre en el mismo sitio.

Tenía que darle en el ojo; en cualquier otro punto, la bala chocaría contra su enorme y grueso cráneo sin hacerle daño.

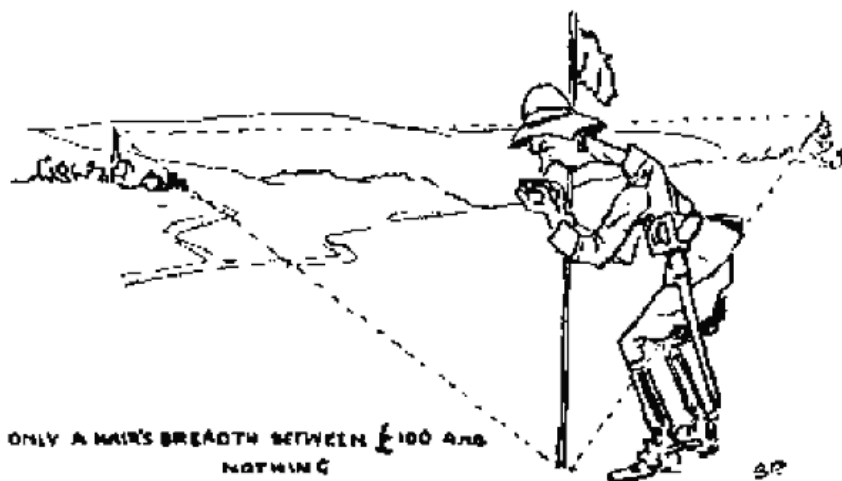
Mis nativos y los del kraal vecino se morían de hambre, así que era importantísimo que matara aquel hipopótamo y les diera la carne. No me atrevía a arriesgarme a disparar de pie cuando asomara. Así que me tumbé en el suelo para tener más firmeza al disparar e hice que me despejaran la hierba de delante. Cuando el señor hipopótamo sacó la cabeza, en los dos cortos segundos de que disponía apunté con cuidado a su ojo, y era un ojo precioso. Pero no disparé. Mantuve la puntería fija en el lugar donde había estado su ojo; cuando volvió a salir, me aseguré de que apuntaba justo a él, pero tampoco disparé. En el instante en que apareció por tercera vez, apreté el gatillo, y en ese mismo instante el hipopótamo murió.

Por eso los nativos me bautizaron como «el hombre que se tumba para disparar», es decir, el hombre que hace sus planes de antemano, no deja de apuntar a lo que quiere conseguir y dispara derecho al blanco.

Pero aquello de ser capaz de tener precisión con el rifle me puso en el buen camino para ser preciso en otras cosas.

Una de ellas fue que me ayudó a empezar con buen pie en el ejército. Fue así: a mí, junto con muchos otros oficiales jóvenes, nos examinaron de topografía. Sí, en el ejército hay que saber muchas cosas.

Teníamos que tomar con la brújula el ángulo hacia un punto, desde allí hacia otro punto y desde este hacia un tercero. Si lo hacías bien, el último ángulo tenía que llevarte justo al punto de partida. Pero había que medir los ángulos con un cuidado extremo. Si leías mal la brújula aunque fuera por el grueso de un cabello, no lo conseguías.



Solo el grueso de un cabello entre 100 libras y nada.

Solo uno de todo el grupo fue lo bastante preciso para lograrlo. ¿Y quién creéis que fue?

Pues yo.

Gracias a eso y a unas buenas notas en otras materias, me ascendieron con dos años de paga atrasada, y con ella pude comprarme el mejor caballo que he tenido nunca.

Todo esto por fijarme hasta en el grueso de un cabello, aunque se trate de lanzar dardos o de practicar con una carabina de salón. Una vez que adquieras ese hábito, serás preciso y exacto en todo: exactamente puntual, impecable en tu forma de vestir, preciso al llevar tus cuentas y los registros de tu oficina, exacto en tu trabajo de ingeniero, electricista, carpintero o el oficio que desempeñes, y preciso en todo lo que digas.

Recuerda que la precisión te llevará al éxito cuando otros, menos cuidadosos, fracasen. Practica la exactitud todo lo que puedas, hasta que se

convierta en un hábito.

8. Paciencia



No vayas demasiado aprisa

CAZAR ANIMALES SALVAJES CON UNA CÁMARA ES MEJOR DEPOR-
te que matarlos con un rifle. Para empezar, tienes que acercarte
mucho más, y eso exige un acecho más cuidadoso e inteligente. Y
si se trata de animales peligrosos, la cosa resulta más emocionante... y un
poco más escalofriante.

Hay dos clases de acechadores. El europeo suele tener prisa por cobrar
su pieza: avanza demasiado rápido y espanta al animal antes de estar lo
bastante cerca. Un fotógrafo necesita docenas de intentos para conseguir
una buena foto.



¡Cucú!

El cazador nativo, en cambio, se arrastra, se queda quieto como una estatua o permanece tumbado durante horas, un día entero si hace falta, y sigue, y sigue. Su gran arma es la paciencia, y con ella consigue lo que busca.

Con el pescador pasa lo mismo. Lo ves encorvado en su bote hora tras hora, llueva o truene, o a gatas, lanzando la mosca sin que el pez lo vea. Solo con una paciencia infinita se pesca así. A veces lo pasa mal: el viento o los arbustos le enredan el sedal y se forma un lío que parece no tener arreglo.

Cualquiera soltaría un par de improperios y tiraría del nudo con fuerza, solo para descubrir que lo ha apretado todavía más. El verdadero pescador, en cambio, sabe que la única solución es ponerse manos a la obra con calma y cuidado, separar los hilos uno a uno y, aunque tarde mucho, al final lo deja todo arreglado.



Una vez más, la paciencia se lleva la palma.

En algún lugar escribí: «Se han arruinado más carreras por falta de paciencia que por la bebida o el crimen».

He visto a mucha gente fracasar en su trabajo solo porque se aburrió, se enfadó con el jefe o se desanimó al no ver resultados. Si hubieran silbado bajito aquella vieja canción, «Espera a que pasen las nubes», y se hubieran obligado a seguir adelante, al final lo habrían conseguido.

Pero no: lo tiran todo por la borda y luego se extrañan de no avanzar en la vida.

A todo el mundo, y a ti también, le llegarán disgustos y contratiempos de vez en cuando. Pero saldrás adelante si te das un pellizco y te dices: «Paciencia».

9. Gratitud



Puede librarte de una mordedura de víbora en la nariz

«**E**L PÁJARO DE MIEL ES UN PÁJARO CURIOSO». ASÍ LO DICE el poeta, y es verdad. Es una criatura no mayor que un gorrión pero, palabra, muy lista.

Tiene el don de encontrar el sitio donde las abejas han hecho su panal, porque le gusta la miel tanto como a un niño el chocolate. Su problema es hacerse con la miel cuando las abejas la guardan dentro de un tronco hueco.

Así que es lo bastante hábil como para volar hasta el hombre más cercano que encuentre y conseguir que vaya a abrirle el panal.

Cuando caminas por la espesura, este pajarito se acerca, pía y trina delante de ti mientras avanzas, y te va enseñando el camino que lleva a la miel.

Si lo sigues, te llevará hasta el árbol donde está. Y entonces, si eres un scout, te acordarás de darle las gracias por haber tenido la bondad de enseñarte dónde encontrarla. Se las darás dejándole un trozo de panal para que se lo coma.

Los nativos de aquí, de Kenia, dicen que si no lo haces, el pájaro volverá a aparecer delante de ti y te guiará como antes, para que vayas lleno de esperanza a otro árbol; pero cuando lo abras, te encontrarás... ¡una víbora horrible! Así se venga de ti el pájaro. ¡Es listo de verdad!



Esto te enseña que, si un pájaro espera que le agradezcas su bondad, cuánto más lo esperarán los demás cuando intentan hacerte un favor.

Solo que no debes hacerlo por miedo a que una víbora salte y te muerda la nariz (por cierto, vosotros, los expertos en primeros auxilios, ¿qué haríais con un compañero al que una cobra le ha mordido en la punta de la nariz?), sino que deberías dar las gracias simplemente porque es lo correcto.

La Ley Scout dice: «El scout es cortés».

Todo scout conoce las normas de acampada, y sabe que, cuando levantas un campamento, hay dos cosas que debes dejar:

1. La primera: nada.

2. La segunda: tu gratitud. Gracias a Dios por lo bien que lo has pasado, y gracias al dueño del terreno por haberte dejado usarlo.

10. Cortesía



Cómo la demuestran los conductores

HABLANDO DE CORTESÍA, EL OTRO DÍA ME ALEGRÓ VER QUE UN turista alemán que estaba en Inglaterra había escrito para contar lo gratamente sorprendido que estaba al comprobar que, en general, los conductores de nuestro país eran más educados entre sí que los de otros países que había visitado. La mayoría de los conductores ingleses conducen con buena voluntad, con un espíritu de dar y recibir, en lugar de correr, apretar o dejar fuera egoístamente a los demás.

Gracias a esta buena costumbre tenemos menos accidentes, y la policía de tráfico tiene menos trabajo.

Puso como ejemplo la multitud de coches que se juntaron en una carrera en Brooklands. Pensaba que se armaría un lío enorme cuando todos intentaran salir al terminar el espectáculo, pero se asombró al ver que todo transcurrió con calma, sin gritos, empujones ni palabrotas: cada uno ocupó su sitio en silencio.

Lo que más le impresionó fue el escaso número de policías que había para dirigir el tráfico. Decía que en su país harían falta cincuenta policías

donde aquí había uno. Y todo gracias a la cortesía entre conductores, que en gran parte regula el tráfico por sí sola.

Durante mucho tiempo los ciclistas fueron un peligro, no solo para los conductores, sino también para sí mismos. Ocupaban más carretera de la que necesitaban y esperaban que los coches les cedieran el paso y, lo que era más difícil, que los vieran en la oscuridad cuando solo llevaban un pequeño reflector en el guardabarros trasero.

Eso ya ha cambiado, y con ello ha crecido también el compañerismo con los conductores: ahora se llevan bien, cuando antes la situación era tensa. El buen carácter y la cortesía han triunfado.

Me he dado cuenta de que los peatones se adueñan de la carretera a su antojo. Aunque haya un sendero junto a ella para que lo usen, algunos de los más valientes (no me atrevo a emplear una palabra más dura) prefieren caminar por la calzada... y casi siempre de espaldas al tráfico.

Y digo «valientes» porque, aunque yo camino mucho por carreteras comarcales, no tengo el valor de andar con el tráfico a mi espalda. Prefiero tenerlo de frente, para poder esquivar los coches si un conductor pierde el control, cosa que a veces ocurre.

También aquí hacen falta buen carácter y saber ceder. Es lo que repito a menudo: «No pienses solo en tus derechos o en lo que tú quieres; ponte en el lugar de los demás y ayúdalos».

Si todos los muchachos cumplen el quinto artículo, «El scout es cortés», esa será la ley de Gran Bretaña, y cuando todos seamos corteses, seremos más felices y estaremos más seguros.

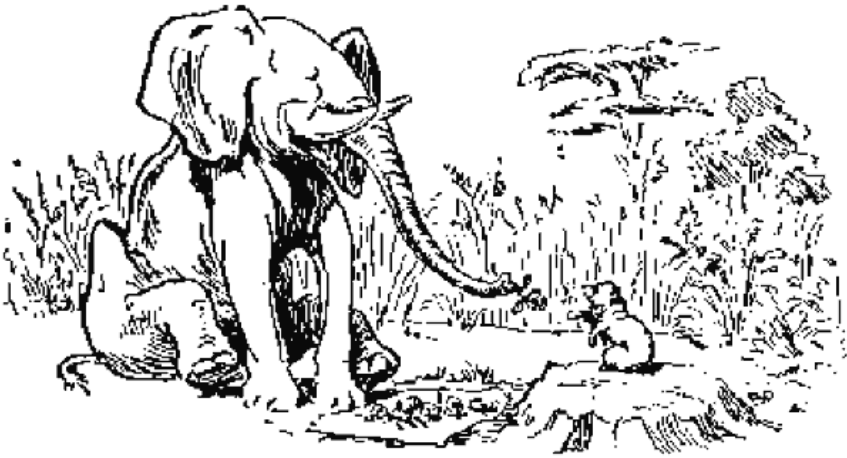
11. Buena voluntad



Con rinocerontes y elefantes

«**H**YRIE» ES UN PEQUEÑO ANIMAL SALVAJE, ASUSTADIZO por naturaleza, que mi mujer ha domesticado del todo hasta convertirlo en un animal feliz en nuestra casa.

Como he dicho en otro lugar, los científicos consideran que el hyrax (o damán) está emparentado con el elefante y el rinoceronte, aunque se parece a ellos tanto como un scout a mi bota (salvo, quizá, cuando el chico es muy feo).



Últimamente, sin embargo, aquí en Kenia se ha llegado a domesticar incluso a rinocerontes adultos. Pero se ha hecho con bondad, no atrapándolos ni teniéndolos en cautividad.

Los rinocerontes han visto pastar al ganado y se han unido a él para disfrutar de los pastos. Cuando por la noche llevan el ganado al corral, el rinoceronte se ha sumado al desfile sin darse cuenta de adónde iba. En uno o dos días se acostumbra a la rutina y pronto descubre que ese curioso animal de dos patas que huele tan raro es el que trae la buena comida al corral, y que es un amigo y no un enemigo. Así que enseguida pierde el miedo y se deja acariciar, y no porque le guste mucho: como buen rinoceronte, tiene la piel tan dura que una caricia solo la notaría si se la hicieran con un martillo, y unas cosquillas, si se las hicieran con un rastrillo.



Lo mismo ocurre con algunos elefantes del norte de Kenia que entran casi a diario en un pueblo. Han perdido el miedo y la aversión al hombre porque la gente de allí no les muestra ni rechazo ni miedo. Así que todos son buenos amigos. Y sin duda a los elefantes les gusta que los niños los admiren. Con las personas pasa igual. Si no temes a la gente que conoces y no te cae mal, ellos tampoco desconfiarán de ti ni te temerán, y estarán dispuestos a ser tus amigos. Eso es lo que descubren los scouts en sus Jamborees Internacionales, cuando se reúnen con miles de scouts de otros países. Como son «hermanos scouts», no tienen miedo y enseguida se hacen buenos amigos.



¿Por qué no pueden hacer lo mismo las naciones?

A veces alguien intentará discutir contigo para buscar pelea. Pero antes de enfadarte con él, intenta ver el problema desde su punto de vista, además del tuyo, y probablemente descubrirás que tiene algún motivo para decir lo que dice.

Tu jefe o tu encargado, por ejemplo, pueden echarte la bronca por llegar tarde o por cometer un error tonto. Pues no te enfades con él: piensa qué harías tú en su lugar si tuvieras que corregir a un empleado que entorpece el trabajo por llegar tarde o ser descuidado. Entonces entenderás por qué es tan exigente. Intenta siempre ver el punto de vista del otro antes de discutir o pelearte, y noventa y nueve de cada cien veces acabarás llevándote bien con él.

Nunca te preocupes si tu encargado suelta maldiciones. Maldecir es una debilidad que se consienten algunos hombres que no tienen el carácter suficiente para dominar su genio. A veces hasta se les admira por esa debilidad. El escritor irlandés Donn Byrne dice: «Un caballo que no cocea, un hombre que no jura o un huevo sin sal merecen un revés de mi mano».

Los scouts celebran su Jamboree Internacional cada cuatro años, y en él se reúnen miles de ellos llegados de casi todos los países del mundo. Como son «hermanos scouts», no se temen unos a otros, y nadie les cae mal por ser forastero o por tener costumbres y hábitos distintos. No dan importancia a las pequeñas diferencias, disfrutan aprendiendo las costumbres del compañero, se lo pasan bien juntos y, durante el tiempo que comparten de acampada, hacen amistades duraderas.

Si los muchachos pueden hacer esto en todos los países, ¿por qué no pueden hacerlo también los hombres, en lugar de desconfiar de sus vecinos, envidiarlos y estar listos para ir a la guerra contra ellos?

Creo que sería una buena idea ahogar a todos los hombres y dejar que los muchachos gobernarán el mundo. Tendríamos un mundo alegre, lleno de buena voluntad y amistad.

12. Honor



Golpear a la cabra

LA TRIBU KIKUYU TIENE UNA FORMA CURIOSA DE CERRAR UN trato, que consiste en hacerle pasar un mal rato a una cabra.

Los hombres que van a llegar al acuerdo se reúnen y, en el centro, se coloca una cabra con las patas atadas. Cada hombre lleva una vara y, cuando da su opinión, la tira junto a la cabra.

Al final, el jefe que preside la reunión coge la vara de cada uno de los que han hablado, repite brevemente lo que ha dicho y luego golpea a la cabra con ella.

Su discurso sería más o menos así:

«Kokobu, cuya vara sostengo, se ha quejado de que las cabras de Cara de Ciruela pastan en su terreno». Aquí golpea a la cabra. «Cara de Ciruela promete que no volverá a ocurrir». Y otro golpe a la cabra. «Semibumpo, cuya vara sostengo, se queja de que tanto Kokobu como Cara de Ciruela usan su arroyo para dar de beber a sus cabras y luego las sueltan en sus pastos; pero, como prometen no dejarlas vagar, está de acuerdo en que usen su agua». ¡Pam! «Así que, caballeros, así quedan las cosas. Habéis hecho vuestra promesa y confiamos en que la cumpláis. Esta disputa ha

terminado para siempre: está tan muerta como esta cabra». Y con esto le da al pobre animal el último golpe en la cabeza, el que la mata. Como la cabra es un animal casi sagrado, ninguno de los presentes se atrevería a romper su promesa. Es como confiar en el honor de un scout. Me alegra decir, sin embargo, que la bondad hacia los animales ha triunfado y ya no se golpea a la cabra.

Pero a veces me pregunto qué habría pasado si la cabra se hubiera levantado de un salto y hubiera dicho: «Basta de golpes. Ya estoy harta. Ahora me toca a mí, así que ¡fuera!».



¿Habrían mantenido su promesa los contendientes? Creo que no.

Los kikuyu no saben lo que es el honor. En su idioma no existe ninguna palabra que signifique «honor», y hay varias naciones más civilizadas que los kikuyu que tampoco han aprendido a practicarlo. Así que, cuando firman pactos o tratados, no tienen una cabra a la que golpear que los obligue a cumplir sus promesas, y no se puede confiar en que lo hagan. Pero al británico se le conoce en el mundo entero como persona de honor. «La palabra de un inglés vale tanto como su fianza» es un dicho

que significa que, si ha dado su palabra, puedes jugarte la cabeza a que la cumplirá, con tanta seguridad como si te la hubiera dado por escrito.

Cuando un español quiere decir que habla completamente en serio, igual que nosotros decimos «de verdad de la buena» o «palabra de scout», dice «palabra de inglés» (*N. del T.: en español en el texto original*).

13. Mantener la serenidad



Cuando los rinocerontes galopan

EN UN TRANVÍA DE BELFAST VI ESTE AVISO PARA LOS PASAJEROS: «Prohibido escupir. Quien lo haga se ganará el desprecio y el asco de los demás pasajeros».

El desprecio y el asco de los demás es un castigo muy duro, pero algunos visitantes de Kenia se lo ganan a veces: son los que salen en coche a cobrar caza mayor y leones en lugar de acecharlos a pie, como manda la deportividad.

Un hombre escribió en el periódico defendiendo a estos héroes motorizados: decía que a los ancianos y a los enfermos del corazón el coche les resulta necesario. Yo creo que lo más necesario es que se queden en casa. Pero ya no quedan muchos «deportistas» de esa clase. Cada vez viene menos gente a Kenia a disparar con el rifle y más a disparar con la cámara, y estos son en realidad mejores deportistas, porque es mucho más difícil acercarse a un animal lo suficiente para fotografiarlo que dispararle con un rifle desde cierta distancia.

El fotógrafo tiene que ser un buen acechador, sobre todo sereno, y además tener suerte. Da miedo trabajar cerca de un animal salvaje y quizá

agresivo. Muchas veces, si el animal sospecha algo, hay que elegir entre quedarse quieto o salir corriendo. A veces lo mejor es quedarse quieto, si tienes el valor de hacerlo. Más de uno ha echado a correr cuando un elefante avanzaba hacia él abanicando las orejas y con la trompa en alto. Otros que se han atrevido a plantar cara a esa amenaza han descubierto que el elefante solo quería saber quién andaba por allí, porque es muy corto de vista, y que, en cuanto ha comprobado que era un hombre, ha dado media vuelta deseando alejarse de un bicho tan desagradable.

Pero hace falta valor para plantarse ante una criatura que puede ponerse mucho más desagradable si se lo propone.

Ese tipo de valor se consigue con la práctica, sobre todo si empiezas a dominarte desde niño. Un soldado se disculpaba por haber huido de una batalla diciendo que las piernas se lo habían llevado en contra de su voluntad. Pues tienes que controlar tus piernas cuando sientas la tentación de huir del peligro. Tienes que obligarte a hacerle frente. Lo mismo pasa cuando cunde el pánico y la gente pierde la cabeza y se altera: un verdadero HOMBRE se obligará a mantener la calma y la serenidad. Y los demás, al verlo impasible en medio del torbellino, probablemente recuperarán el ánimo y se tranquilizarán.

Una vez estaba yo en un teatro cuando, de pronto, mucha gente se levantó de sus butacas y corrió hacia la puerta. Estaba cerca de los camerinos y no veía qué pasaba, pero un hombre sentado delante de nosotros gritó: «¡Fueg...!».

Rápido como el pensamiento, mi hermano le dio un golpe detrás de la oreja y lo tumbó en el acto. La gente que nos rodeaba ya se había levantado y empujaba con ansia buscando las puertas. Aquello podría haber acabado en una tragedia si un actor no hubiera salido al escenario gritando: «¡Quédense en sus asientos! No hay motivo de alarma. No hay ning

ún fuego. Solo es un elefante que tenía que salir en el siguiente acto y ha metido la cabeza por la puerta equivocada, al fondo del patio de butacas».

Ya veis el daño terrible que puede hacer un hombre que no se domina, y cómo se puede salvar la situación manteniendo la serenidad. El dominio de uno mismo también consiste en contener la ira cuando te enfrentas a un adversario furioso. Gana el que no pierde la calma. Cuando dos chinos se pelean, se insultan y se ponen moteles hasta que uno de los dos acaba perdiendo los nervios y pega al otro. Eso significa que ha perdido la pelea, porque se le han acabado los insultos. Se considera ganador al que aguanta más tiempo sin pegar.

Aquí tienes una parodia del poema «Si» de Rudyard Kipling:

Si puedes quedarte quieto sin mostrar temor y ver rinocerontes galopar alrededor, o plantar cara a elefantes cuyas trompas y orejas pondrían a casi todos a temblar como ovejas; si mantienes la calma y eres capaz de reír cuando algún camorrista te quiere herir; si cumples tu Ley en las buenas y en las malas cuando otros te tientan con caminos de faltas; si puedes estar firme cuando corren los demás, serás más que un scout: serás un HOMBRE, hijo mío.



14. Valor



De leones y cazadores de leones

CONOCÉIS LA EXPRESIÓN «FIERO COMO UN LEÓN», PERO NUNCA oímos decir «fiero como un cazador de leones». Y, sin embargo, el valor de algunos cazadores nativos es difícil de superar.

En el capítulo anterior te conté que, si eres buen acechador y tienes agallas, te mantendrás firme cuando un animal salvaje venga hacia ti, aunque puede que no venga solo a verte bien, sino a atacarte. ¡Lo difícil es saber a qué viene! Así que también te conviene ser buen corredor o buen trepador de árboles, por si acaso...

Un gran amigo mío lo resolvía a su manera. Era un cazador zulú, y una vez estábamos rastreando juntos a un león, siguiendo sus huellas.

El rastro nos llevó a una espesura de arbustos espinosos, muy parecidos a las zarzas de frambuesa de Inglaterra, donde los animales habían abierto túneles para esconderse.

Mi idea era esperar fuera y vigilar la salida del señor león. Pero Umpula pensaba de otro modo. Su plan, que me explicó con detalle, era que entráramos los dos y sacáramos al león muerto, si era posible, claro. «Sí, Umpula, eso está muy bien, pero ¿cómo?».

«Pues usted avanza a gatas con el rifle preparado, y yo le sigo de cerca. Cuando vea al león, apunte bajo, para que la bala, si no lo hiere, levante tal nube de polvo que no nos vea bien cuando se nos eche encima. Yo nos protegeré a los dos con mi gran escudo y, cuando salte sobre nosotros, le clavaré mi azagaya en la panza, y se acabó el señor león. Muy fácil, ¿ve?».



«Sí, claro, muy fácil». Pero yo tenía una pequeña duda: ¿no le resultaría igual de fácil al león, al ver a dos hombres avanzando torpemente a rastras por la espesura, saltar sobre ellos y hacerlos pedazos? La verdad es que la idea de Umpula no me gustaba nada. Pero aunque estés en un apuro, no debes demostrarlo. Ese es el momento de silbar y sonreír. Así que

esbocé una sonrisa forzada y me metí a gatas por el agujero negro del matorral.



Desde luego, me animó que Umpula me siguiera cubriéndome con su escudo como si fuera un tejado. Eso, unido a la evidente astucia y al valor de aquel hombre, encendió en mí una chispa de confianza, y pronto me encontré avanzando con la emoción de la aventura.

Así seguimos serpenteando por el túnel oscuro, con sus muchas salidas laterales, cualquiera de las cuales podía ser la guarida del león.

Seguimos arrastrándonos, yo con el corazón en un puño, hasta que vimos un destello de luz y, poco después, la boca del túnel por la que se salía al exterior. «¡Todo bien!», cantaba mi corazón, mientras mi lengua le decía a Umpula: «¡Qué pena, se nos ha escapado!».

Pero aquel hombre no tenía sentido del peligro. Algunas personas nacen así; la mayoría de nosotros, no. Pero los más valientes de todos son los

que, aun sintiendo miedo, lo vencen y no dejan que los demás lo noten. Si haces eso, contagias valor a quienes te rodean, que quizá tampoco las tengan todas consigo.

Aquí en Kenia, a los jóvenes de la tribu masái, como a los de otras tribus, se les enseña a ser valientes aunque les cueste la vida. Ojalá tuviéramos esa enseñanza para los scouts, aunque debo decir que muchos han demostrado que tienen ese valor sin que nadie se lo enseñe.

La escuela de los masáis es, de hecho, una cacería de leones. Sale un grupo entero, cada uno armado solo con una azagaya y un escudo. Cuando encuentran un león, los cazadores forman un amplio círculo a su alrededor y se van acercando poco a poco. El león intenta escapar en varias direcciones, pero siempre encuentra la salida cerrada por una barrera de hombres que avanzan hacia él.

El círculo se estrecha más y más, hasta que los guerreros están casi hombro con hombro. Al final, el león comprende que su única oportunidad es cargar y romper el cerco. Se lanza contra el hombre que tiene más cerca y quizá lo derribe con su peso y hiera a uno o dos más con las garras, pero los demás lo atraviesan con sus lanzas y lo matan.

El primero que hiere al león recibe su melena para llevarla en la cabeza como adorno distintivo. Esto se considera un honor tan grande como la Cruz de Bronce de los scouts, así que todos están deseando ser los primeros en atacar al animal. Por eso, antes de que el león cargue, ya lo están atacando los guerreros, que lo hieren aun a riesgo de morir o de quedar gravemente heridos en el intento.

¡Qué buena escuela es esa!

15. Cómo mantener la cabeza alta



Valor ante la adversidad

UN JABALÍ LLEGÓ AL LINDE DEL BOSQUE Y ECHÓ UN VISTAZO A la llanura. Su mujer y sus pequeños habían llegado corriendo a decirle que ahí fuera había una horrible bestia humana montada a caballo que les había dado un susto de muerte.

Papá jabalí miró bien y vio, a media milla (unos 800 metros), al hombre que cabalgaba mirándolo todo con aire insolente y altivo.

Se dijo: «Me da igual que este tipo lleve uno de esos tubos que hacen ruido y matan, o una lanza que hiera. Voy a enseñarle a no asustar a las mujeres y a los niños».

Y se fue trotando hacia el jinete, que no sospechaba nada. Te lo aseguro: lo vi con mis propios ojos. Al poco rato aceleró el paso, con las orejas tiesas y una mirada malvada.

Luego, cuando estuvo a unas cien yardas (unos 90 metros), se lanzó a todo galope y cargó de frente contra su adversario, sin medir el peligro que corría. Unos instantes después, junto con su gruñido, se oyó un choque cuando arremetió con todo su peso desde abajo contra el caballo, y

un grito del hombre cuando él y su montura cayeron de cabeza y se estrellaron contra el suelo.



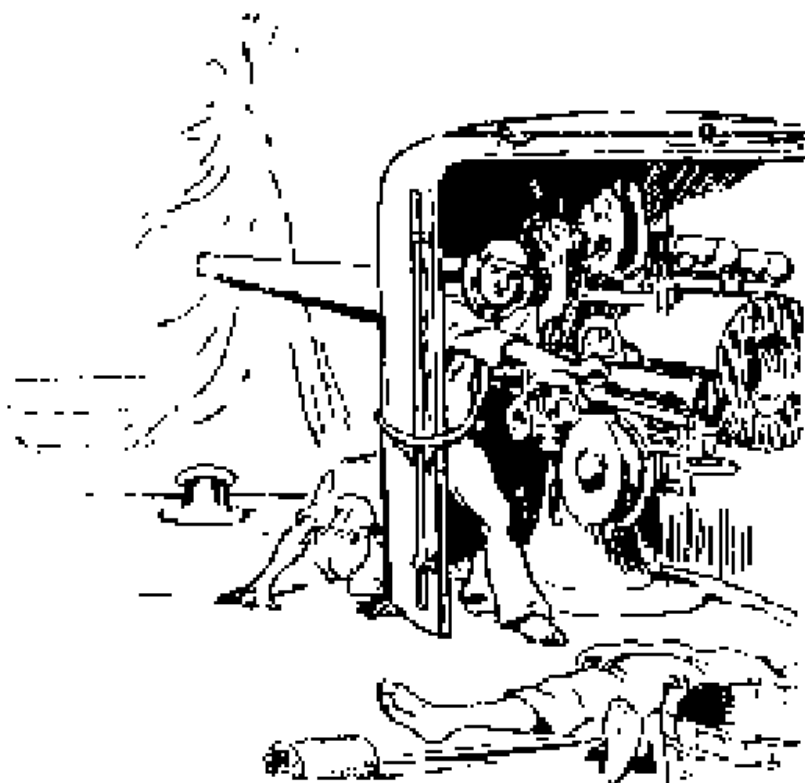
El viejo jabalí los miró un momento y luego volvió tranquilamente al trote a su escondrijo, balanceando la cabeza de un lado a otro mientras se decía: «Esto le servirá de lección». ¡Qué guerrero tan valiente! Podría haberse quedado escondido en la jungla cuando apareció el enemigo, pero, con el deseo caballeroso de proteger a las mujeres y a los niños, salió a enfrentarse con valor al peligro, aunque pudiera costarle la vida. Es una lección de valor y de sacrificio.

Podría contarte decenas de casos como este sobre el valor de animales salvajes de muchas especies. Si los animales demuestran valor, con más razón le corresponde a cada hombre demostrarlo.

Hay muchísimas formas en que los muchachos pueden demostrar su valor. Me alegra saber que, entre los scouts, muchos cientos de muchac-

hos han ganado la Cruz de Bronce por heroísmo y la Cruz de Plata por salvar vidas arriesgando la suya.

Hay también otra clase de valor, el de soportar el dolor, para el que tenemos otra condecoración: la insignia Cornwell. Se llama así por Roy Cornwell, de la Marina Real, que en la batalla de Jutlandia, durante la Gran Guerra, se mantuvo en su puesto a pesar de estar gravemente herido. Después murió a causa de sus heridas. Podría haberse retirado a la enfermería, pero pensó que su deber era aguantar el dolor y seguir junto a su cañón antes que pensar en sí mismo.



Ese fue el verdadero valor de un verdadero scout.

Pero donde más falta hace el valor es en la vida diaria. Imagina que trabajas en una fábrica o en una oficina, día tras día, en algo que no te interesa: hace falta valor para seguir ahí. No pienses solo en lo que sientes. Recuerda que tu trabajo, aunque para ti sea una esclavitud, ayuda a tu empresa a salir adelante; produce algo útil para otros, quizá para el país, y además te da un dinero con el que puedes ayudar a tu familia. Así que ármate de valor y «sigue adelante».

No puedo detenerme aquí en los cientos de formas de valor que se pueden practicar, pero el mayor ejemplo lo tenemos en Cristo. Él sabía que, si continuaba con su labor de salvar almas, lo crucificarían cruelmente, pero nunca flaqueó. Puso su deber por delante y a sí mismo en segundo lugar, y con un valor sublime afrontó su sacrificio por el bien de los demás.

16. Humor



Una lección de Algernon

CUANDO ERA UN JOVEN RESPETABLE, DE LO QUE HACE YA MUCHOS años, me gustaba actuar en el teatro. En una obra titulada *Whitebait at Greenwich* hacía el papel de un camarero de hotel al que sus padres habían abandonado, pero que tenía a mano un parte de la policía que decía así:

«Abandonó a su hijo. Apellido: desconocido. Nombre de pila: Benjamín. La última vez que se le vio llevaba chaqueta y pantalón de pana. Estatura: 5 pies y 10 pulgadas (alrededor de 1,78 metros) con los zapatos puestos, etc.».

Así que, cada vez que un hombre llegaba al hotel, yo le preguntaba si se llamaba Benjamín, y cuando no era así, me llevaba una desilusión.

Por fin llegaba una pareja y oía que ella lo llamaba Benjamín. Yo sacaba mi cinta métrica y, haciendo como que le sacudía el traje, lo medía a escondidas con ansiedad: 5 pies y 8 pulgadas. Loco de emoción, le levantaba el tacón de la bota, pese a sus forcejeos y su indignación, y comprobaba que medía 2 pulgadas. Al instante lo llamaba «papá» con mucho cariño, y a ella, «mamá». La indignación de la pareja era tremenda, porque solo

eran primos, no estaban casados y, por supuesto, no tenían nada que ver conmigo. Pues bien, aunque representé este papel muchas veces, nunca pude contener la risa que me daba por dentro lo absurdo y gracioso de la situación, cuando debería haber pensado solo en interpretar mi papel.

Una vez, en la India, tuve como mascota un jabalí joven. No era una mascota de verdad, porque era muy arisco. Vivía en el patio, mitad jardín y mitad prado, que compartía con mis caballos. Uno de ellos, una espléndida yegua inglesa, era una magnífica cazadora. En la India cazábamos jabalíes, y la yegua se entregaba con tanto empeño que perseguía al jabalí casi sin que el jinete la guiara y, cuando lo alcanzaba, lo golpeaba con las patas delanteras.

Cuando vio al joven Algernon, que así se llamaba mi pequeño jabalí, en el patio, se lanzó contra él, pero el jabalí se le escapó y se escondió entre la maleza.

Después de librarse así, el pequeño granuja se dedicaba a vigilar a la yegua desde su escondite y, cuando ella pastaba tranquila, salía, la sorprendía por detrás y la asustaba con un gruñido de jabalí adulto. Ella daba un respingo y, al darse cuenta de quién era, lo perseguía con todas sus fuerzas. Pero él era más rápido: cuando ella creía que iba a aplastarlo con el casco, él saltaba a un lado y salía corriendo en otra dirección antes de que ella pudiera darse la vuelta. Esto se repetía una y otra vez, hasta que los dos tenían que parar a descansar.



El juego se repetía todos los días. Los dos disfrutaban muchísimo, y la yegua hacía ejercicio a base de rabia. En realidad era un juego peligroso para Algernon, pero tenía el sentido del humor necesario para tomarse como una diversión lo que era una aventura arriesgada.

Ese sentido del humor, la capacidad de encontrarle el lado divertido a una situación peligrosa o desagradable, vale muchísimo para un hombre a lo largo de la vida.

Algunas personas no lo tienen, y cuando les llega la desgracia o lo ven todo negro, no tienen un rayo de sol que ilumine su oscuridad. En cambio, quien se ha acostumbrado a ver el lado cómico de todo puede atravesar dificultades y peligros con el corazón alegre y, lo que es más, dar esperanza y confianza a quienes lo rodean.

17. No te escondas



O tendrás que vivir en un agujero

YA TE HE CONTADO CÓMO LOS AVESTRUCES SE PASEAN MUY OR-
gullosos, sintiéndose superiores a las demás aves. Pero, como dijo la
señora Oryx, lo único que consiguen es hacer el ridículo, y eso es
exactamente lo que las otras aves piensan de ellas.



Por eso, cuando el jefe de los avestruces anunció que iba a ser el rey de los pájaros, estos le respondieron que nadie podía proclamarse su rey. El rey tenía que ser elegido, y acordaron que lo sería el ave que volase más alto. Así que empezaron a celebrar concursos de vuelo. El avestruz, que quería ser rey, no podía volar más alto de lo que saltaba, y eso no es mucho. Nuestro feo amigo, el señor Buitre, se elevó hacia el cielo, seguro de que nadie podría subir tanto como él, y fue ascendiendo por encima de las alondras y de los demás pájaros que vuelan alto.

Cuando ya no vio a ningún otro pájaro, gritó:

—¡Hurra! ¡He volado más alto que nadie!

—¡No es verdad! —chilló la vocecita de un pajarito africano llamado Ting-Ticky.

El buitre no conocía a Ting-Ticky. Este se había agarrado a una pluma bajo su ala cuando emprendió el vuelo, y así había subido con él. Ahora que el buitre había alcanzado las alturas, Ting-Ticky salió y voló por encima de él diciendo:

—¡Soy el rey de los pájaros!

—¡Eso no te lo crees ni tú! —gritó el buitre, y se elevó todavía más, sin darse cuenta de que Ting-Ticky se le había posado en la espalda. Cuando llegó más arriba y dejó de subir, Ting-Ticky volvió a salir, voló uno o dos pies por encima de él y gritó:

—¡Soy el rey de los pájaros!

Esto ocurrió dos o tres veces, hasta que el buitre se cansó tanto que no pudo subir más y se rindió. Entonces Ting-Ticky proclamó que había batido el récord de altura y que debía ser «el Rey de los Pájaros».

Pero el buitre estaba tan furioso con él que decidió matarlo. Ting-Ticky se enteró y se instaló en su palacio: una madriguera de conejo.

Desde una madriguera no se puede gobernar gran cosa, y Ting-Ticky aprendió pronto que su pretensión de haber batido el récord de altura no

impresionaba mucho a los demás pájaros. Ellos sabían que no había volado por su propio esfuerzo, sino que había subido como ese avión, el *Mercurio*, que va montado sobre otro avión para que lo eleve por los aires. Así que se reían de sus bravatas y, cuando intentaba dar órdenes desde su agujero, se burlaban de él.

Como rey fue un fracaso.

He conocido a varios Ting-Tickies entre los muchachos —entre los scouts no, ¡POR SUPUESTO!—: chicos que fanfarroneaban y hablaban sin parar de lo buenos que eran jugando al críquet, corriendo o nadando. Según ellos, eran lo máximo. Y todo iba bien hasta que alguien los ponía a prueba y quedaban al descubierto como unos fanfarrones. Entonces les habría encantado tener una madriguera de conejo donde refugiarse de las risas y las bromas de los compañeros a los que habían intentado engañar.

Nunca presumas de tus maravillosas cualidades. Si las tienes, no hace falta que lo digas: los demás se darán cuenta por sí mismos.

18. Cómo «seguir ahí»



En un tubo de desagüe

A CABO DE CONOCER UNA NUEVA VERSIÓN DEL JUEGO «¿ESTÁS ahí?» (*N. del T.: es el juego conocido como «el escondite»*).

Le ocurrió aquí, en África, a un ciclista que bajaba una cuesta en bicicleta a toda velocidad. Al pie de la cuesta, el camino daba una curva cerrada y, de repente, se encontró con un enorme elefante plantado de través en medio del camino. Iba demasiado deprisa para frenar, así que dirigió la bicicleta para esquivarlo por detrás. Apenas había sitio, y tuvo que apoyar la mano en las patas traseras del animal para poder pasar.

Se llevó un buen susto, pero respiró aliviado al conseguirlo. El alivio le duró poco: fue como si alguien le hubiera dado un pellizco por detrás a un guardia de tráfico. En un instante el elefante se dio la vuelta, como diciendo: «¡Eh, tú! ¿A qué juegas? Ven aquí. ¿Me oyes?».

Pero el ciclista no se detuvo, sino que pedaleó con todas sus fuerzas.

Entonces vio con horror que, al otro lado del valle que estaba recorriendo, le esperaba una cuesta empinada. Miró hacia atrás y vio al elefante, que lo perseguía a la carrera. No había ninguna posibilidad de subir la cuesta antes de que el animal lo arrancara del sillín y lo aplastara.

Tenía que pensar y actuar deprisa, y así lo hizo. Era cuestión de segundos: o se salvaba o moría aplastado.

Llevó la bicicleta hasta la cuneta y, al hacerlo, se tiró de ella y se escondió en un tubo de desagüe que pasaba por debajo del camino. Habría sido perfecto si el elefante no lo hubiera visto, pero lo vio, y así empezó el juego del «¿Estás ahí?».

El elefante se arrodilló junto a una boca del tubo y metió la trompa para investigar, esperando encontrar la respuesta. Pero el ciclista se arrastró hasta el fondo todo lo que pudo y se quedó tumbado sin hacer ruido.



NB The culvert, with its contents, is supposed to be underneath the Road.

¿Estás ahí? (Se supone que el tubo, con su contenido, pasa por debajo del camino).

De pronto la trompa salió del tubo y el ciclista suspiró aliviado. Pero el suspiro se le cortó en seco al ver que la trompa entraba por el otro

o, y apenas le dio tiempo a escabullirse hacia el lado contrario. Y así siguió el juego, de un lado a otro, con el «¿Estás ahí?» repitiéndose de una punta a la otra.

El juego tuvo tanto éxito (entre los elefantes) que habría seguido hasta hoy si no hubiera sido un trabajo tan pesado; el elefante se fue a beber agua. Cuando volvió, reanudó el juego, y pasó un buen rato hasta que se dio cuenta de que la bicicleta ya no estaba junto al camino y de que el ciclista tampoco seguía jugando dentro del tubo.

19. Cómo estar en forma



L *ECCIONES DE HOMBRES Y ANIMALES*

La danza kikuyu

Acabo de ver algo que deseaba ver desde hacía mucho tiempo: una danza de los jóvenes de la tribu kikuyu con su traje de gala.

Hace algún tiempo te conté que los muchachos de esta tribu tienen que pasar un examen muy duro para que se los considere hombres. Hace algunos años —en 1896-1900, para ser exactos—, antes de que los ingleses colonizaran el territorio y les dieran protección, los kikuyu tenían que luchar contra las tribus vecinas, los masái y los nandi, que eran guerreros y vivían de asolar a los demás.

Por eso, aunque los kikuyu sabían cultivar sus alimentos, tenían que entrenarse para ser fuertes y ágiles, y así proteger sus hogares y sus cosechas de los atacantes.

Era en cierto modo lo que nos pasa ahora en Inglaterra, cuando hay países vecinos belicosos que amenazan con invadir nuestras tierras, más prósperas y pacíficas. Nosotros también tenemos que entrenarnos y practicar el lema scout, «Siempre Listos», para protegernos.

Aunque los kikuyu ya no necesitan prepararse para la guerra, porque ahora los protegemos nosotros, siguen manteniendo sus danzas y otras costumbres para convertir a sus muchachos en hombres sanos, fuertes y activos, útiles en tiempo de paz para hacer próspero su país.

Del mismo modo, los scouts se hacen fuertes, activos y sanos para estar Siempre Listos y, cuando sean hombres, hacer un buen trabajo que ayude a su país a prosperar y salir adelante.

Los kikuyu no tienen gimnasios ni instructores de instrucción militar, sino que se entrenan con ejercicios al aire libre, danzas y una alimentación sencilla. Del mismo modo, los scouts no dependen de los gimnasios ni de los sargentos instructores: consiguen la salud con juegos activos, excursiones, campamentos, danzas Morris, escalada, natación, etc.

Un muchacho me decía que quería ser un tipo musculoso, pero que, como solo era recadero, no tenía muchas oportunidades de hacer instrucción. Le dije que la instrucción no era necesaria. Como recadero tenía la mejor ocasión de fortalecerse y estar sano, porque su trabajo exige mucha actividad al aire libre y mucho ejercicio. Pero cuando camines, no te arrastres sin ganas: ve erguido, saca el pecho y endurece los músculos de las piernas.

Practica juegos activos como el fútbol, las carreras, el salto, la natación y las excursiones, y sobre todo la escalada. Con esta clase de ejercicio los músculos crecen deprisa, siempre que seas constante. En poco tiempo verás cómo se te llena el cuerpo y tendrás esa sensación agradable de no estar nunca cansado, sino listo para cualquier trabajo duro.



Hay otra manera de verlo. Recuerda que Dios te ha prestado tu cuerpo para toda la vida, y de ti depende hacer buen uso de él. Hazlo tan perfecto como puedas dándole suficiente aire puro, ejercicio, buena alimentación y limpieza. Considéralo parte de tus deberes para con Dios y practícalo a diario. Así estarás sano y feliz, y además lo bastante fuerte para ser útil a los demás.

Para la ceremonia en la que pasan sus pruebas de hombría, y esta danza es una de ellas, los muchachos kikuyu se pintan la cara de blanco y las piernas con rayas blancas. Llevan una camisa blanca con cinturón y un collar de piel de mono colobo blanco y negro. Cada danzante lleva un esp-

antamoscas de cola de jirafa en la mano derecha y una vara en la izquierda.

También llevan una campanilla atada a la rodilla. Los dos jefes llevan en el brazo izquierdo pequeños escudos de madera con una cuenta de hierro sujeta al escudo con una cinta, que van agitando.



A diferencia de otras tribus nativas, los kikuyu no tienen instrumentos musicales ni tambores. Ellos mismos ponen la música cantando, bail-

an balanceándose con los dos pies juntos y siguen danzando hora tras hora como prueba de resistencia.

Me pregunto cuántas horas aguantarías tú bailando una danza Morris.

Lo que Hyrie puede enseñarte

Quizá recuerdes por qué el damán se parece a ti: es un animal sin cola. En un libro anterior te conté cómo el Creador escogió a los damanes para que les pusieran la cola a todos los demás animales, porque eran los animales más activos, atrevidos y de fiar de la selva. Hicieron este difícil trabajo con rapidez y sin cometer ni un error. Habría sido terrible, por ejemplo, que le hubieran puesto la cola de un cerdo a un caballo o la de un pavo real a un gato, pero no fue así. Las colocaron todas correctamente y, para honra suya, se encontraron con que no quedaba ninguna para ellos. Por eso se quedaron sin cola.

Pero no parece que eso les preocupe mucho. Nuestro pequeño damán domesticado, Hyrie, es el animal más alegre y espabilado que puedas imaginar. Cuando tomamos el té por la mañana temprano, siempre está allí, deseando tomar el suyo. Trepa al hombro de mi mujer y, después de lamerle la oreja, gimotea hasta que ella le acerca un platito de té (con leche y azúcar), que se bebe con ansia. Luego salta hacia mí para comerse su desayuno: hojas de zanahoria, hojas de rosal y trocitos de galleta. Después se vuelve loco haciendo su ejercicio. Da unas cuantas vueltas a la habitación, sube y baja por los respaldos de las sillas y se retuerce de todas las formas posibles, ejercitando todos los músculos del cuerpo. Luego sube corriendo por el respaldo de una silla y desde lo alto salta a la repisa de la chimenea, la recorre de punta a punta, de otro salto llega al alféizar de la vent-

ana, trepa hasta lo alto del marco y desde allí se deja caer al suelo. Todo a una velocidad tremenda, sin un solo fallo y disfrutando de lo lindo.



"HYRIE"



STERN VIEW
Stalking an intruder

Hyrie. Visto por detrás: acechando a un intruso.

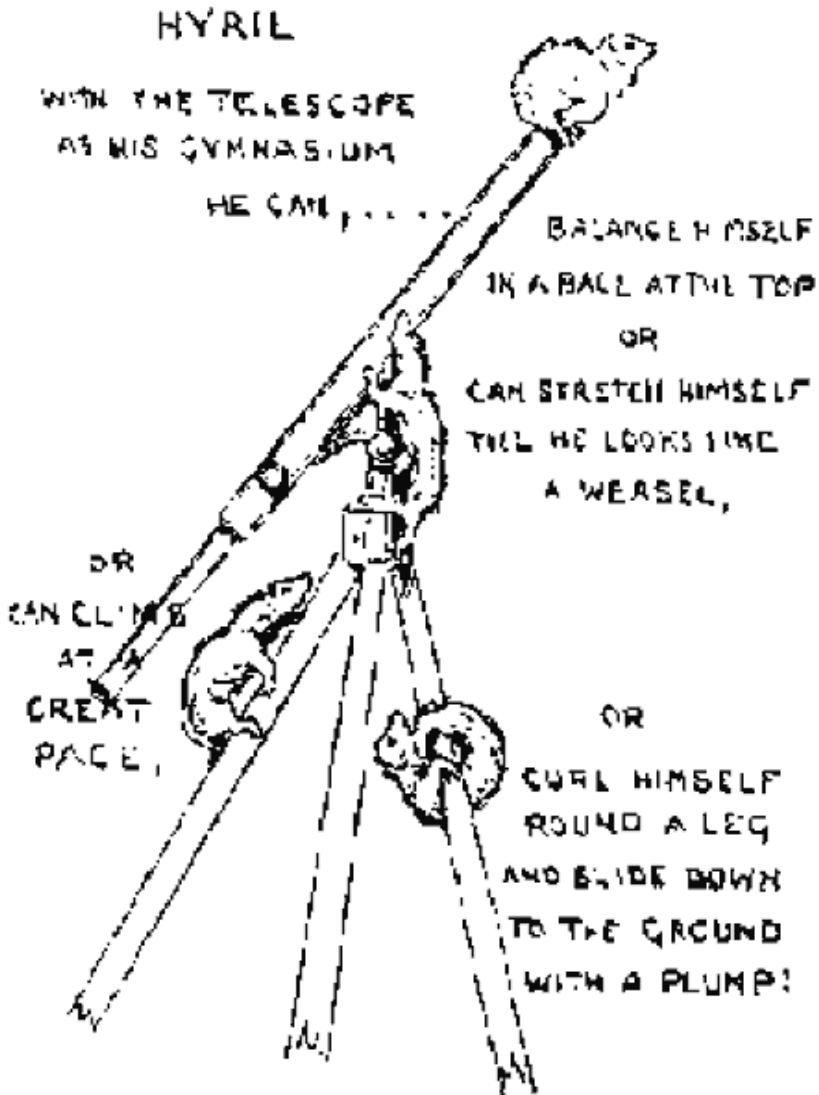
Para variar, de pronto se lanza hacia mí, me agarra la chaqueta con los dientes, la sacude y al segundo siguiente se esconde debajo de la cama. Si lo atrapo, se pone panza arriba, se retuerce y me lame mientras le hago cosquillas, y yo me divierto con el juego.

Sí, es tremendamente activo y, gracias a la práctica continua, es un animalito muy fuerte para su tamaño (es como un conejito y se le parece mucho, solo que tiene las orejas cortas y no tiene cola).

Por supuesto, sabe trepar a los árboles, y esa es su principal ocupación y diversión: salta de rama en rama con una rapidez y una precisión sorprendentes, sin perder nunca pie.

A veces lo atacan los grandes pájaros azules, pero no les tiene miedo: se aparta de un salto y se queda quieto; y cuando son ellos los que se quedan quietos, es él quien corre tras ellos, sin miedo a sus picos. No sé si lo atacan de verdad o si, como me inclino a creer, solo juegan con él.

Da risa verlo trepar por las patas pulidas del trípode de mi telescopio: sube derecho hasta arriba, se enrosca en una de las patas y se desliza hasta el suelo; vuelve a subir y lo repite todo otra vez. Cuando se cansa de eso, sigue trepando por el latón pulido del telescopio hasta llegar arriba del todo y se sienta sobre el objetivo, buscando algo más a lo que subirse. Siempre quiere subir más alto, así que lo llamamos «Higherie» (de *higher*, «más alto») en vez de «Hyrie». Es un buen consejo para ti: ten siempre ganas de subir, de ir más allá de lo que ya has logrado en todo lo que hagas.



Hyrie usa el telescopio como gimnasio: se hace una bola en lo alto, se estira hasta parecer una comadreja, trepa a toda velocidad o se enrosca en una pata y se desliza hasta el suelo de golpe.

Pues bien, si un animalito así puede volverse tan fuerte y activo, tan atrevido y sano solo con la práctica, seguro que cualquier muchacho puede hacerlo también si se lo propone. ¿Para qué vas a necesitar un sargento que te enseñe a doblarte y estirarte, o un gimnasio caro que te enseñe a desarrollar los músculos?

Puedes hacerlo igual de bien, e incluso mejor, al aire libre de Dios, corriendo y saltando, trepando a árboles, cuerdas o rocas. Nadar es otra forma excelente de fortalecer los miembros, y además te da audacia y confianza.

Hyrie también puede enseñarte un par de cosas sobre la alimentación. Come con gusto muchas clases de hojas y frutas, pero hay otras que ni siquiera prueba porque no le sientan bien. ¿Cuándo tiene un muchacho la fuerza de voluntad para hacer eso? Si haces lo mismo, tú también crecerás fuerte y sano, hijo mío.

Además, Hyrie es alegre y cariñoso, quiere mucho a sus compañeros de juego humanos y convierte sus ejercicios en una diversión. Sigue su ejemplo: disfruta de tus ejercicios y conviértelos en juegos divertidos con tus amigos. Así serás un hombre más feliz, hijo mío.

Cómo saltar seis pies de altura

Hoy he hablado con un hombre que estuvo de visita en una tribu nativa del territorio del Congo Belga, al noroeste de Kenia. Se llaman watussi y son muy superiores a las tribus vecinas. Para empezar, los hombres son muy altos: suelen medir más de 6 pies (1,80 metros) y algunos llegan a los 7. Además, son asombrosamente ágiles y fuertes. Destacan sobre todo en el salto, y cuando me dijeron que eran capaces de saltar su propia estatura, no me lo creí. Pero mi amigo me enseñó una foto en la que un watussi salta por encima del señor Patrick Balfour, que, con el sombrero puesto,

mede más de 6 pies. En su libro *Los señores del ecuador* (*Lords of the Equator*), el señor Balfour describe a esta gente y cuenta que no pudo evitar sentirse algo angustiado al ver a aquellos hombres correr directamente hacia él, y que era difícil no asustarse; pero, uno tras otro, al llegar ante él encogían las piernas y lo salvaban con holgura, tal como se ve en la foto. Luego revela el secreto de su maravillosa agilidad y fuerza: la consiguen entrenándose desde la infancia.



Los niños de la tribu están deseando ser buenos atletas y, como los kikyuyu, bailan mucho toda clase de danzas movidas, llenas de saltos, cont-

orsiones, pisotones y carreras, todo al compás de un ritmo. Las mantienen durante muchísimo tiempo, hasta que adquieren una forma física dura y excelente. Y fijaos bien en esto, scouts: durante todo ese tiempo los muchachos sonríen. No lo olvides cuando hagas tu ejercicio. Además de bailar, los watussi practican el lanzamiento de jabalina, el salto de altura y la carrera. Así se mantienen sanos y fuertes; no necesitan gimnasios ni instructores que les enseñen: lo hacen todo por sí mismos.

En algunos países obligan a los muchachos a hacer instrucción y entrenamiento físico para fortalecerlos. Allí es necesario, porque los chicos no practican juegos activos y se pasan el tiempo holgazaneando, sin hacer nada para mantenerse en forma. Por suerte, los muchachos ingleses no son así. Les gusta jugar al fútbol y a otros deportes, y se apuntan al Escultismo con todas sus actividades al aire libre: excursiones, escalada, natación, danzas populares y grandes juegos. Así, como los watussi, se convierten en tipos sanos, activos y viriles, aunque todavía no he oído que ninguno de vosotros salte 6 pies de altura. Quizá algún día, ¿eh?

20. El deber de servir y cómo estar preparado



Scouts al servicio de Su Majestad

HABLANDO DE SILBAR CUANDO LAS COSAS SE PONEN FEAS, recuerdo que durante la Gran Guerra cayeron bombas en la estación de Liverpool Street, en Londres, y mataron a mucha gente de la multitud que había allí. Los aviones enemigos ya habían pasado y la gente, como buenos ingleses, estaba tan tranquila comprando sus billetes y subiendo a los trenes, cuando de repente alguien gritó que los bombarderos volvían.

Aquello provocó una estampida hacia el pasadizo que llevaba al metro, y había peligro de que cundiera el pánico y hubiera avalanchas mortales. Pero se oyó una voz que decía: «No volverán hasta dentro de veinte minutos», y por encima del ruido y el alboroto de la multitud alguien se puso a silbar «Espera a que pasen las nubes». La gente se echó a reír, empezaron a cantar a coro y en pocos minutos todo el mundo se había calmado. Se acabaron las carreras, y la gente bajó tranquilamente al refugio seguro del metro.

Pues bien, aquí tenéis un consejo los scouts que os habéis ofrecido para el Servicio Nacional por si vuelve a haber guerra.

Cualquier muchacho sabe silbar una melodía. Si es capaz de conservar la calma cuando a los demás les entra el pánico, y además puede silbar, puede prestar un gran servicio a los cientos de personas que lo rodean, dándoles ejemplo de alegría serena cuando las cosas pintan mal. ¡Qué triunfo sería para un chaval salvar a una multitud del desastre! El silbido de un muchacho puede ser como el guante blanco del policía que detiene la carrera de una multitud. Estad «Siempre Listos» para hacerlo; si llega la ocasión, estad preparados.

Estar preparados

Últimamente los scouts han representado muchísimas obras de teatro estupendas: funciones de Grupo, pantomimas, exhibiciones en concentraciones, etc.

Es asombroso pensar en cuántos ensayos hacen falta para tener éxito. Y en este caso es todavía más asombroso, porque justo cuando se estaban haciendo los ensayos importantes sonó la alarma de guerra y muchos scouts tuvieron que asumir un montón de tareas de servicio público. ¡Casi tuvieron que ensayar con las máscaras antigás puestas!

Me recuerda a hace mucho tiempo, cuando mi regimiento estaba en Afganistán y ensayábamos la opereta *Los piratas de Penzance*. No teníamos una sala para ensayar, así que lo hacíamos al aire libre. Siempre existía el peligro de que algún nativo fanático se nos acercara a hurtadillas con su enorme y horrible cuchillo, nada agradable. Así que cada actor llevaba su espada al ensayo, y las clavábamos en el suelo para marcar los límites del escenario; así, de paso, las teníamos a mano en caso de ataque. Y hablando

de ensayos, quiero que entiendas lo necesario que es prepararse lo suficiente si quieres que tu función, sea de la clase que sea, salga bien.



Si vas a correr una carrera, sabes lo importante que es entrenarte antes. No tiene sentido ponerte a boxear con un contrincante si antes no has aprendido a boxear y no lo has practicado.

¡Menudo par de ojos morados te llevarías si no practicas!

Una vez organizamos una práctica de natación para mis hombres y sus caballos. Por supuesto, solo debían participar los que sabían nadar. Para nuestro horror y sobresalto, un hombre estuvo a punto de ahogarse. Cuando le sacamos toda el agua y le hicimos la respiración artificial, le preguntamos si había aprendido a nadar. Dijo que no, pero que, como todos los demás sabían, había supuesto que él también podría, así que se metió con el resto... ¡y descubrió que no podía!

Si quieres progresar en la vida, tienes que saber leer y escribir, y eso no lo aprendes si no vas a la escuela, donde te enseñan. Del mismo modo, si quieres ser un hombre de verdad y estar preparado para ayudar a los demás, para salvar vidas o para entrar en el servicio público, lo aprendes y lo practicas siendo primero un boy scout.



A Government 'Authority' picking out a boy for duty.

Una autoridad del Gobierno elige a un muchacho para el servicio.

Me alegra saber que en todas partes los scouts se están preparando para ser útiles si se los llama a prestar servicio. Lo que tienes que hacer es preguntar a tu Scouter qué clase de servicio quieren que hagas, y luego practicarlo para hacerlo realmente bien cuando te llamen. Las transmisiones son algo muy valioso si aprendes a hacerlas de verdad bien. No sirves de nada si eres capaz de embrollar un mensaje, así que practica a fondo.

Hacen falta mensajeros en bicicleta, y no solo para montar en bici y repararla, sino para orientarse de un sitio a otro, de noche o de día (de

he hace falta práctica), llevar un mensaje en la cabeza, palabra por palabra y sin errores, y transmitirlo con claridad.

Practica tus conocimientos de primeros auxilios: solemos olvidar los pequeños detalles si no los practicamos a menudo. Al fin y al cabo, la mejor manera de demostrar que estás capacitado para el servicio es llevar en el brazo la insignia de Primera Clase o, mejor todavía, la de Scout del Rey (*N. del T.: equivale a nuestro Caballero Scout de hoy*).

Así que os digo a todos: adelante, trabajad vuestros primeros auxilios, transmisiones, conocimientos náuticos, aviación, tráfico urbano, vigilancia de costas, cuidado de niños, bomberos, mensajería y otras especialidades. Preparaos para uno o varios de estos servicios.

Ensayad mucho en tiempo de paz, mientras no tengáis que usar máscaras antigás ni espadas, para que estéis preparados y, en cuanto recibáis el aviso, podáis incorporaros a vuestros deberes para con la patria cuando llegue la llamada. Todo el mundo sabe lo útiles que pueden ser los scouts.

Así que estad «Siempre Listos» por si llega la emergencia, porque, como en tiempos de Nelson, Inglaterra espera que cada hombre cumpla con su deber. El deber: sí, de eso se trata. La eficacia está muy bien, pero dentro de ella tiene que haber algo más: valor y audacia, además de la determinación de cumplir con tu deber sin importar el riesgo o el peligro que suponga para ti.

21. Ayuda



E^{NSEÑADA POR UN ELEFANTE}

Los elefantes ganan la Cruz Victoria

(N. del T.: condecoración británica al valor.)

Un gran cazador de elefantes que murió la semana pasada me contó una vez cómo había disparado a un gran elefante macho y lo había herido. El resto de la manada, alarmada por el disparo, huyó y dejó atrás al herido, que se tambaleaba y estaba en muy mal estado. Un segundo disparo volvió a herirlo sin matarlo, pero el estruendo hizo que la manada huyera aún más deprisa, salvo dos elefantes. Eran dos machos que, furiosos, se detuvieron a mirar atrás. Al ver a su compañero tambalearse sin poder seguirlos, se enfrentaron con valentía al temido fuego del rifle y volvieron a ayudarlo. Se colocaron uno a cada lado, apretaron sus pesados cuerpos contra él y, casi en volandas, se lo llevaron despacio lejos del peligro.



ELEPHANTS EARNING THE VICTORIA CROSS

Los elefantes ganan la Cruz Victoria.

Si hubieran sido soldados rescatando a un compañero en el campo de batalla a riesgo de su propia vida, habrían merecido la Cruz Victoria. Solo eran animales salvajes y, sin embargo, nos dieron un ejemplo de lo que es ayudar de verdad a un compañero en apuros, aunque para hacerlo tuvieran que correr un riesgo.

Algunos de nosotros a veces no echamos una mano a los demás, aunque no haya ningún riesgo, porque nos cuesta tiempo y un poco de diversión. ¿Qué te parece esta gente? Un día del año pasado, un viejecito en bicicleta se presentó en la Oficina de Empleo del Departamento de Trabajo, en Washington, y pidió hablar con el jefe del departamento. Dijo que quería salvar a un ruso al que se había ordenado devolver de Estados Unidos a Rusia, y que no quería volver porque lo fusilarían.

El comisionado le dijo:

—Lo siento, ¡no puede ser! Vino de Rusia y tiene que volver a Rusia.

Así que el viejecito se subió a la bicicleta y se fue a la Casa Blanca, la residencia del presidente Roosevelt. Allí insistió en que tenía que ver al presidente en persona y a nadie más. Al final el presidente aceptó recibirlo y escuchar su problema. Le hizo preguntas sobre sí mismo y supo que era judío y que había pedido prestados el dinero y la bicicleta para venir desde Texas a interceder por el ruso.

Entonces el presidente le dijo:

—Supongo que ese ruso es judío y por eso le interesa. Ustedes, los judíos, se ayudan mucho entre sí.

—No —contestó el hombrecillo—. No es judío; es cristiano de la Iglesia ortodoxa griega.

—Entonces, ¿por qué quiere ayudarlo?

—A mí no me importa la religión de ese hombre. Es un ser humano en apuros, y eso me basta para querer ayudarlo.

El presidente dio orden de que no deportaran al ruso y de que el señor Cohen se hiciera cargo de él y le buscara trabajo.

Pues bien, ese señor Cohen era muy conocido en su ciudad natal, Galveston, como un hombre que se había pasado la vida haciendo favores a los demás. Si su cuerpo era pequeño, su corazón era el más grande de la ciudad. Iba por ahí haciendo el bien: esa era su afición. Cuando se enteraba de que alguien necesitaba ayuda, apuntaba de prisa su nombre y su dirección en el puño de la camisa. Cada día llevaba una lista en el puño y recorría la ciudad visitando a cada uno de los necesitados y haciendo por ellos lo que podía, aunque él mismo era pobre.

Tachaba cada nombre del puño a medida que visitaba a la persona, y por la noche no volvía a casa hasta haberlos tachado todos. Una vez dijo: «Muchos hombres hacen ejercicio jugando al golf; yo lo hago ayudando a la gente».

Eso es lo que hacen los boy scouts cuando cumplen su Promesa Scout de «ayudar al prójimo en todas las circunstancias», es decir, siempre, les venga bien o no, sin importar el credo, la clase social o el país del otro. No tienen puños de camisa donde apuntar los casos que quieren resolver, porque llevan las mangas remangadas, listos para cualquier trabajo. Pero siempre llevan una pañoleta, y en ella hacen un nudo para acordarse de la buena acción que tienen que hacer.

En cuanto al señor Cohen, me quito el sombrero ante él y me gustaría estrecharle la mano. ¿A ti no?

22. Responsabilidad



Aprendida en una Patrulla Scout

ESTA SEMANA RECIBÍ UNA CARTA MUY SIMPÁTICA DE UN SCOUT DE Francia en la que me decía que quería vivir una vida como la mía y que esperaba llegar también a general algún día. Le contesté que me avisara cuando consiguiera el grado; pero que ser general no consiste solo en darse la buena vida y lucir uniforme y condecoraciones, sino que en la guerra también supone una enorme responsabilidad. Poca gente piensa en ello, pero es algo tremendo para un hombre sentir que cientos de vidas dependen de una orden suya. Y eso es lo que tiene que hacer un general.

Ya es duro para un juez ponerse la toga y condenar a muerte a un asesino para cumplir la ley; pero es peor para un general decidir enviar a muchos jóvenes y buenos soldados a morir o caer heridos para ganar una batalla.

Después de la Gran Guerra, muchos de nuestros generales murieron del corazón, aunque no eran muy mayores. Yo estoy convencido de que se debió sobre todo a la tensión que esa enorme responsabilidad había impuesto a su corazón.

Al piloto de una línea aérea se le confían todos los pasajeros para que los lleve sanos y salvos a pesar de los riesgos del vuelo. También el capitán de un barco carga con una gran responsabilidad, porque las vidas de todos los que van a bordo dependen de él, en la paz y en la guerra.

Y nuestros oficiales de la Marina son famosos en todo el mundo por su audacia y su confianza en sí mismos.

¿Cómo lo consiguen? Porque desde muy jóvenes se los acostumbra a aceptar cualquier trabajo y a sacarlo adelante por sí mismos: se les enseña a asumir responsabilidades.

Recuerdo la época en que los marineros de la Marina Real eran hombres mayores que los de ahora, marinos fuertes y curtidos que llevaban barba.

Pero los oficiales empezaban su carrera muy jóvenes. En aquellos tiempos, un guardiamarina era solo un muchacho de catorce o quince años, pero se le confiaba un trabajo de responsabilidad: se le ponía al mando de un bote y su tripulación. Allí se veía a un chico de quince años dando órdenes a hombres que le doblaban la edad, y ellos obedecían sin rechistar. Eso era DISCIPLINA.



En el sitio de Mafeking descubrí que a los chicos, aunque solo fueran muchachos, se les podían encargar tareas que normalmente hacían los hombres. A los muchachos se les dio la responsabilidad de llevar mensajes de un punto a otro de la línea de defensa, incluso bajo el fuego enemigo y con peligro de su vida.

Así, en el Movimiento Scout damos responsabilidades a los muchachos poniéndolos al frente de otros seis u ocho. El Guía de Patrulla responde de la eficacia y el buen orden de su Patrulla. Los scouts de su Patrulla obedecen sus órdenes, no por miedo al castigo, como en la disciplina militar o naval, sino porque son un equipo que juega unido y respalda a su jefe por el honor y el éxito de su Patrulla.

Y el Guía de Patrulla, al formar y dirigir a su Patrulla, adquiere práctica y experiencia para ser una persona capaz de asumir responsabilidades, igual que el guardiamarina que manda la tripulación de su bote está aprendiendo a ser el oficial que mandará un buque de guerra.

Además de formar a su Patrulla, el Guía de Patrulla tiene que guiarla. Es decir, tiene que ser al menos tan bueno como cualquiera de sus scouts en las distintas tareas que deben hacer; nunca debe pedirle a un chico que haga algo que no haría él mismo, y nunca debe echarle la bronca a nadie, sino ganarse su entusiasmo y su colaboración voluntaria animando con alegría sus esfuerzos.

En todos los caminos de la vida hacen falta jóvenes de confianza que asuman responsabilidades y sepan dirigir en los servicios públicos, en los negocios y en la industria, en todas partes. Por eso, el Guía de Patrulla que ha tenido éxito con su Patrulla tiene todas las papeletas para triunfar en la vida cuando salga al mundo.

23. Sacrificio propio



Héroes del Antártico

TODOS LOS SCOUTS CONOCEN LA HISTORIA DE LA MUERTE DEL capitán Oates, que dio su vida para salvar a otros en la expedición del capitán Scott al Polo Sur. Pero hace poco el comandante Bernacchi, O.B.E., ha contado la historia completa de su vida en un libro titulado *Un caballero muy galante*, porque así es como se describió a Oates en la cruz que el cirujano Atkinson colocó sobre su tumba para honrar su memoria.

De niño, Oates había sido muy delicado de salud, y a cualquier muchacho enfermizo le reconforta saber que, al crecer, se convirtió en un joven excepcionalmente atrevido y fuerte. Era oficial del Regimiento de Dragones de Inniskilling, que hoy forma parte de mi antiguo regimiento, el 5.º de Dragones de la Guardia (ahora llamado 5.º Regimiento de Dragones de la Guardia Real de Inniskilling).

Era enormemente popular en el regimiento porque era un soldado muy activo y un magnífico deportista, y quería a sus hombres y a sus caballos. Era rico y podía permitirse mantener una jauría de perros de caza para el regimiento, jugar al polo y navegar en yate. No tenía necesidad de

trabajar, pero más adelante demostró que valía para cualquier trabajo, por duro que fuera.

Acababa de entrar en servicio cuando estalló la guerra contra los bóeres, y pronto se distinguió por su valor y su entrega.

Mandaba una patrulla de media docena de hombres cuando se toparon con una fuerza bóer que abrió fuego contra ellos. Mataron a dos de sus caballos y varios de sus hombres resultaron heridos leves. Dos veces le pidieron los bóeres que se rindiera, y las dos recibieron la misma respuesta: «Hemos venido a luchar, no a rendirnos». Vio que no tenía ninguna esperanza frente a un enemigo más numeroso, así que ordenó a sus hombres que salieran del cerco uno a uno mientras él seguía disparando para cubrir su retirada. Cuando todos estuvieron a salvo y le llegó el turno de irse, un disparo lo hirió en la pierna. Los bóeres se retiraron, pero él pasó todo el día agonizando, hasta que, al caer la noche, lo encontró una patrulla de rescate y se lo llevó.

Diez años después, en 1910, cuando se enteró de los planes del capitán Scott para ir al Polo Sur, se ofreció voluntario y lo aceptaron. Sobre el capitán Scott, el comandante Bernacchi nos cuenta que nueve años antes había dirigido la Expedición Nacional Antártica a bordo del *Discovery* (hoy sede nacional de los Scouts Marinos). Aquella expedición había vuelto al cabo de tres años con los resultados geográficos y científicos más valiosos que jamás se habían traído de latitudes tan australes. Se había descubierto la Tierra del Rey Eduardo VII y se había medido la Gran Barrera de Hielo.

El *Discovery* había pasado dos años atrapado en el hielo al pie del monte Erebus. Se habían obtenido resultados científicos valiosísimos. Con el doctor Wilson y el teniente Shackleton se había hecho un viaje en trineo hacia el extremo sur, hasta las montañas y los valles que conducen al Polo Sur. Hasta entonces, los exploradores polares habían sido marinos

o científicos. Oates fue el primer soldado aceptado en una empresa así, y dejó muy alto el nombre del ejército. Pero ocupó un puesto muy modesto en la expedición: estaba a cargo de veinte ponis que debían tirar de los trineos del equipo.

Se convirtió en su cuidador y mozo de cuadra, una tarea difícil en un barco abarrotado, con ponis de mal carácter y en un mar tempestuoso. Cuando desembarcaron en el hielo de la Antártida, tuvo que enseñarles a tirar de los trineos. Su favorito era un poni muy especial, un diablillo llamado Cristóbal. Cristóbal quería comerse a todo el que se le acercaba, y si no te alcanzaba con los dientes, te soltaba una coz feroz. No se dejaba poner ningún arnés, así que tenían que derribarlo para ponérselo. Pero, una vez enganchado, tiraba del trineo como el mejor.

Cuando la expedición desembarcó, el 17 de febrero de 1911, y levantó su refugio, estaba a unas 900 millas (unos 1.450 kilómetros) del Polo Sur. Más allá, a lo largo de la costa, a unas 400 millas de ellos, una expedición noruega al mando de Amundsen había desembarcado más o menos al mismo tiempo, con la intención de ser también la primera en llegar al Polo.

Así, aunque ninguno de los dos grupos sabía lo que hacía el otro, se entabló entre ellos una especie de carrera.

El grupo de Scott envió trineos con víveres para dejarlos en depósitos en distintos puntos de la ruta, pero trabajar entre la nieve, el hielo y los vendavales era tremendamente difícil.

Por fin, cuando pasó la larga y oscura noche del invierno, la expedición partió hacia el sur: unos doce hombres con trineos cargados de víveres y tiendas.

Al principio recorrieron unas 400 millas de hielo perpetuo cubierto de nieve; luego subieron a un macizo montañoso por un glaciar de 160 millas de largo que se eleva hasta 9.000 pies (unos 2.700 metros) sobre el

nivel del mar. Una vez superado, avanzaron por la meseta durante otras 300 millas.

Pero las dificultades eran enormes. Tenían que enfrentarse a vientos terribles y a tormentas de nieve, y bajo sus pies la nieve solía ser blanda y profunda, llena de hoyos y grietas por los que hombres, ponis y perros corrían peligro de caer. En algunos sitios, el hielo por el que avanzaban era una masa de olas y picachos helados que les obligaba a dar rodeos de millas para encontrar un paso.

Al poco tiempo, los ponis estaban agotados: unos murieron y a otros hubo que sacrificarlos para alimentar a los perros. Lo mismo ocurrió con los perros, de modo que al final los hombres tuvieron que tirar ellos mismos de los trineos.

Una vez instalados los depósitos de víveres en los distintos puntos, enviaron de vuelta a ocho miembros del grupo y escogieron a los cuatro más fuertes para acompañar al capitán Scott en el asalto final al Polo: Wilson, Evans, Oates y Bowers.

Salieron el 17 de noviembre. Fue una lucha durísima, pero, sostenidos por la esperanza de ganar la carrera y animados por la energía incansable y la fe de su jefe, siguieron adelante día tras día y semana tras semana, cruzando aquellas interminables llanuras de nieve. Por fin, el 17 de enero de 1912, vieron una bandera, y se les cayó el alma a los pies al ver huellas de hombres, de perros y de trineos.

¡Amundsen había llegado antes que ellos!

Habían alcanzado su meta, el Polo Sur, pero fue una amarga decepción descubrir que no habían sido los primeros.

Luego emprendieron el largo viaje de vuelta a su base, ya sin la ilusión de ser los primeros en llegar al Polo, desanimados por haber perdido la carrera y sabiendo que les esperaba una tarea muy dura hasta regresar.

Al mismo tiempo, estaban llenos de admiración por Amundsen y se alegraban de que, en cualquier caso, hombres de los dos países hubieran logrado la hazaña de llegar al Polo.

A partir de entonces lucharon desesperadamente por cubrir las 900 millas que los separaban del campamento base.

Si el tiempo les hubiera acompañado, se las habrían arreglado para recoger los víveres que habían dejado almacenados en el viaje de ida.

Pero el tiempo no les acompañó: los vendavales y las tormentas de nieve les impedían avanzar. Semana tras semana siguieron luchando. La comida escaseaba; uno tras otro fueron sufriendo congelaciones. Al final Evans se desplomó, sufrió un golpe y murió.

Cerraron filas y siguieron avanzando a duras penas, y aunque solo les faltaban 11 millas para el siguiente depósito de víveres, las violentas tormentas de viento helado y mortal y la nieve los dejaron clavados donde estaban. Fue entonces cuando Oates hizo el sacrificio que nunca olvidaremos. Tenía los pies congelados. Sabía que, por mucho que luchara, solo podía ser un estorbo para sus compañeros. Si se quitaba de en medio, habría una boca menos que alimentar y quizá los demás pudieran llegar al siguiente depósito.

Así que se arrastró fuera de la pequeña tienda, hacia la tormenta cegadora, y se dejó caer. Nunca volvieron a verlo. Dio su vida para que sus compañeros vivieran.

Por desgracia, el heroico sacrificio de Oates no logró salvarlos. Murieron todos juntos, de hambre y de frío. Unos meses después los encontró una partida de rescate, tumbados en su tienda como si durmieran.



Estatua del capitán Scott, obra de Lady Scott.

«Aguantaremos hasta el final, pero cada vez estamos más débiles y, por supuesto, el final no puede estar lejos. Es una pena, pero creo que no podré escribir más».

Y en una carta escribió también:

«Estamos débiles. Escribir cuesta. Por mi parte, no lamento este viaje, que ha demostrado que los ingleses saben soportar las penalidades, ayudarse unos a otros y enfrentarse a la muerte con la misma entereza de siempre».

Recuerda estas palabras: «Siempre Listo». Si alguna vez hacen falta, haz como Oates, Scott y sus valientes compañeros: soporta las penalidades, ayuda a los demás y enfréntate a la muerte con valor, sin preocuparte por tu propia seguridad mientras cumples con tu deber.

